COLECCION UNIVERSAL

N.º 248

X54Y
.G67
MAL
.S

M. GORKI

Malva y otros cuentos

Precio: 50 céntimos.

MADRID, 1920

Library

of the

University of Wisconsin

FROM THE LIBRARY OF
ANTONIO GARCIA SOLALINDE
1893-1937
PROFESSOR OF SPANISH
1924-1937

COLECCIÓN UNIVERSAL

M. Gorki

—

MALVA Y OTROS CUENTOS

MCMXX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

Papel especialmente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

M. GORKI

Malva y otros cuentos

La traducción del ruso ha
sido hecha por N. Tasin.

MADRID, 1920

...pográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID.

494581
MAR 31 1941
X54Y
G67
MAL
S

No hemos de ser muy extensos en la presentación, al público español, de este novelista, que es uno de los literatos rusos más populares en España. Nos limitaremos, por lo tanto, a una breve nota biográfica.

Su verdadero nombre es Alejo Pechkov. El seudónimo de Gorky—*que en ruso significa hombre desgraciado—tiene por origen las miserias que le agobiaron durante su infancia y su juventud. Con ese seudónimo firmó su primera novela y lo adoptó luego definitivamente.*

Nació en Nichni-Novgorod, sobre el Volga, en 1860. De una familia muy pobre y humilde, tuvo que ganarse la vida desde su niñez muy penosamente. Trabajó como fogonero en un barco, como aprendiz de panadero, fabricó santos iconos, condujo "balsas" por el Volga, vendió libros y periódicos. Su curiosidad insaciable y su temperamento inquieto no le permitían permanecer largo tiempo en un sitio, y cambiaba sin cesar de oficio, recorriendo con frecuencia, en compañía de vagabundos, las ciudades, aldeas y estepas rusas. "¡Qué mejor oficio que el de ser hombre sobre la tierra!", dice en su novela Nacimiento del hombre. *Y en la última de sus* Memorias *declara que ha tenido siempre los ojos y los oídos abiertos "sobre la vida".*

En el afán de ampliar los horizontes de la suya, se pasaba noches enteras leyendo cuanto caía en sus manos, a la luz de un cabo de vela o al resplandor de la caldera del barco. Luego les refería cuanto había leído a sus compañeros de dolor.

Cuando tenía diez y ocho años, conoció en Nichni-Novgorod al gran escritor ruso Korolenko, que adivinó su genio y se ocupó en su instrucción. Animado por este insigne novelista, Gorky *escribió* Chelkach, Konovalov *y algunas otras novelas que le colocaron entre los maestros de la literatura rusa.*

Su rápida celebridad obedece, no sólo a su talento, sino a su originalidad en la elección de los asuntos. Fué el primero que llevó a la literatura a los bosiaks, *a los desharrapados, a los vagabundos, a aquellos que viven en las capas inferiores del proletariado, sin situación fija, sin medios de existencia, sin domicilio, como pájaros, midiendo a pie las largas estepas rusas, acostándose bajo los puentes o en las orillas de los ríos, seres rechazados por la sociedad, cuyas leyes desprecian, de cuyas costumbres y cuyas tradiciones se burlan.*

Gorky *es el Cristóbal Colón de este nuevo mundo, del que ha cantado en sus obras el espíritu de independencia, el amor a la libertad, el odio a la injusticia. Los que él llama "ex hombres" se tornan, al conjuro de su pluma amorosa, punto menos que en "superhombres".*

Esos nuevos héroes provocaron el entusiasmo general, sobre todo entre la juventud; Gorky *fué*

llevado en triunfo al templo de la gloria, y se convirtió en un nuevo ídolo que, en cierta manera, rivalizó, durante algún tiempo, con Tolstói, que predicaba la "no resistencia al mal", mientras que Gorky *era un revolucionario de acción. Esto le conquistó la adhesión fervorosa de los intelectuales y obreros rusos, que vieron en él un nuevo apóstol.*

En el curso de su larga carrera literaria, Gorky *ha dado a luz muchas obras maestras, como, por ejemplo,* Tomás Gordeiev, La madre, MALVA, Varenka Olesova (1), El espía, Los tres, El poblado Okurov. *Ha cultivado también, con bastante fortuna, el género dramático. Entre sus obras teatrales sobresalen* En los bajos fondos *y* Los pequeños burgueses, *que han logrado un gran éxito, no sólo en Rusia, sino también en el extranjero.*

Como hombre político, es Máximo Gorky *una figura relevante; pero prescindimos en esta sucinta noticia de ese aspecto del gran escritor, por ser ajeno a la literatura.*

---

(1) Publicada en la Colección Universal, núms. 121 y 122.

MALVA

MALVA

El mar reía.

Bajo el soplo ligero del viento cálido, se estremecía y se rizaba, reflejando deslumbradoramente el Sol, sonriendo al cielo azul con miles de sonrisas de plata. En el ancho espacio comprendido entre el firmamento y el mar resonaba el rumor alegre y continuo de las olas, que lamían sin cesar la orilla.

Ese rumor y el brillo del Sol, miles de veces reflejado en la superficie rizosa del mar, se armonizaban en un movimiento constante y lleno de júbilo. El Sol se regocijaba de brillar; el mar, de reflejar su brillo triunfante. Amorosamente acariciado su pecho de seda por el viento, y al calor de los rayos ardorosos del sol, el mar, lánguido y suspirante bajo la ternura y la fuerza de aquellas caricias, impregnaba de sus efluvios la atmósfera cálida. Las olas verdosas sacudían en la arena amarilla sus soberbias crines de espuma, y la espuma se deshacía, con un ruido suave, en el suelo seco y ardiente, humedeciéndolo.

La playa, estrecha y larga, parecía una enorme torre derribada en el mar. Su punta pene-

traba en el infinito desierto del agua rutilante de sol, y su base se perdía a lo lejos, en la bruma espesa que ocultaba la playa. El viento traía de allí un denso olor, ofensivo y extraño en medio del mar puro y sereno y bajo el cielo de un azul límpido.

Clavadas en la arena, cubierta de escama de pescado, había unas estacas, sobre las que estaban extendidas las redes de los pescadores, cuya sombra formaba en el suelo a modo de telas de araña. No lejos, y fuera del agua, veíanse unas barcazas y un bote, a los que las olas, que lamían la arena, parecían invitar a irse al mar con ellas. Había por todas partes remos, cuerdas enrolladas, capazos y barriles. En medio se alzaba una cabaña de ramas de sauce, cortezas de árbol y esteras. A la entrada, pendían de un palo nudoso unas gruesas botas con las suelas hacia arriba. Coronaba todo este caos, en lo alto de una larga pértiga, un trapo rojo que hacía ondear el viento.

A la sombra de una de las barcazas estaba acostado Vasily Legostev, el guarda de la lengua de tierra, puesto avanzado de la pesquería del comerciante Grebenchekov. Boca abajo, y con la cabeza apoyada en las palmas de las manos, dirigía los ojos a la lejanía del mar, y los fijaba en la línea apenas visible de la playa. Allí, sobre el agua, divisaba un puntito negro, y observaba con satisfacción que iba creciendo por momentos, aproximándose.

Entornando los ojos, heridos por el brillo des-

lumbrante del Sol al reflejarse en las olas, se sonrió con alegría. ¡Malva llegaba! No tardaría en estar allí, en levantar tentadoramente, a impulsos de la risa, el pecho; en estrecharle con sus manos fuertes, pero suaves; en besarle, en contarle a gritos, espantando a las gaviotas, los sucesos recientemente acaecidos en la playa. Prepararían una magnífica sopa de pescado, beberían *vodka*, luego se tenderían en la arena, charlando y jugueteando amorosamente, y cuando anocheciese, hervirían te en la tetera, lo tomarían con apetitosos panecitos y se meterían en la cama... Así pasaban todos los domingos y las fiestas. Al día siguiente, al amanecer, la llevaría a la playa en un bote, a través del mar, aun soñoliento, cubierto de frescas tinieblas. Ella iría en la popa, medio dormida, y él remaría, con los ojos puestos en ella. Estaba tan mona, tan graciosa en tales momentos como una gata bien comida. Acaso se deslizaría al fondo del bote y se dormiría, acurrucándose, como sucedía con frecuencia.

Enervadas por el calor, las gaviotas, en fila, reposaban sobre la arena, con el pico abierto y las alas plegadas, o se abandonaban indolentes al balanceo de las olas, sin lanzar gritos, sin dar muestras de su inquieta condición rapaz.

Bajo la ardorosa caricia del sol, el pecho del mar se elevaba voluptuosamente. Languidecía el aire.

Le pareció a Vasily que en el bote que se

acercaba iba alguien además de Malva. ¿Sería Serechka, de nuevo en amistad con ella?

Vasily giró pesadamente sobre la arena, se sentó, y, haciéndose sombra en los ojos con ambas manos, empezó a examinar, malhumoradísimo, la figura que se veía, además de la de Malva, en el bote. Malva iba en la popa, y el que remaba no podía ser Serechka, que lo hacía con mucha fuerza, pero con poca habilidad y no era un remero de su agrado.

—¡Eh, eh!—gritó Vasily impaciente.

Las gaviotas que reposaban en la arena se espantaron y se pusieron en guardia.

—¿Qué?—respondió la fuerte voz de Malva desde el bote.

—¿Con quién vienes?

Vasily oyó una carcajada por toda respuesta.

—¡Diablo de mujer!—juró en voz baja, y escupió.

Ardía en deseos de saber a quién llevaba Malva, y, liando un cigarrillo, no apartaba los ojos de la nuca y la espalda del remero, que se acercaba velozmente. No tardó en oír el ruido del agua agitada con fuerza por los remos; la arena crujió bajo sus pies desnudos; una curiosidad impaciente le devoraba.

—¿Quién viene contigo?—gritó, al alcance ya de su vista, en el hermoso rostro redondo de Malva, la tan conocida sonrisa.

—Espera un poco... ¡Ya verás!—respondió ella riendo.

El remero volvió la cabeza hacia la playa y, riendo también, miró a Vasily.

El guarda frunció las cejas, esforzándose en recordar quién era aquel mozo, que se le antojaba conocido.

—¡Un buen golpe de remo!—ordenó Malva.

El bote avanzó fuera del agua casi hasta la mitad, acompañado de una ola, y, tras de vacilar un poco, se detuvo, mientras la ola, riendo, se volvía al mar.

El remero saltó a tierra, y, dirigiéndose hacia Vasily, dijo:

—¡Buenos días, padre!

—¡Jacobo!—exclamó Vasily, más asombrado que contento.

Se abrazaron y cambiaron tres besos en las mejillas y los labios, después de lo cual, al asombro, en el rostro de Vasily, se añadió una alegría confusa.

—Y yo, que me preguntaba quién sería... Se diría que mi corazón adivinaba... ¡Con que eres tú! ¡Vaya una sorpresa! He dudado un poco antes de convencerme de que, en efecto, eras Serechka.

Mientras con una mano se rascaba la barba, agitaba la otra en el aire. Quería mirar a Malva; pero la mirada risueña y brillante de su hijo le cohibía.

Su satisfacción ante un hijo tan robusto y tan guapo luchaba en su alma con la turbación producida por la presencia de su amante. Con aire

irresoluto, parado ante Jacobo, le dirigía, una tras otra, numerosas preguntas, sin esperar siquiera a que le respondiesen. No daba pie con bola. Su azoramiento subió de punto cuando oyó las palabras burlonas de Malva:

—No hagas más el tonto... La alegría te ha trastornado. Llévale a la cabaña y dale de comer y beber.

Vasily se volvió hacia ella. Sus labios sonreían con una sonrisa que no conocía. Su rostro, redondo, carnoso y fresco, era igualmente nuevo a sus ojos, como si lo viese por primera vez. Las pupilas, verdes, ya se clavaban en el padre, ya en el hijo, mientras los dientecillos blancos mordían pepitas de melón. Jacobo miraba, sonriendo también, a su padre y a Malva. Durante unos segundos, muy desagradables para Vasily, ninguno de los tres habló.

—¡Un instante!—anunció de pronto Vasily, dirigiéndose a la cabaña—. No sigáis al sol. Voy a buscar agua y haremos sopa de pescado... ¡Ya verás, Jacobo, qué sopa! Te vas a chupar los dedos. Un instante... sólo un instante.

Cogió una cacerola que había en el suelo, junto a la cabaña, y con ella en la mano se alejó presuroso en dirección al sitio donde estaban tendidas las redes, entre las que no tardó en desaparecer.

Malva y Jacobo se encaminaron a la cabaña.

—¡Bueno, muchacho! Ya te he traído al lado de tu padre—dijo ella, mirando a hurtadillas al mozo con ojos escrutadores.

Jacobo volvió la cara, de barba castaña y rizada, y, con ojos brillantes, dijo:

—¡Sí, ya estoy aquí!... Me gusta esto... ¡Qué mar!

—Bueno; ¿cómo encuentras a tu padre? ¿Ha envejecido mucho?

—No, no mucho. Esperaba hallarle más canoso. Apenas tiene canas.

—¿Cuánto tiempo llevabais sin veros?

—Creo que cinco años. Cuando se fué de casa tenía yo diez y seis.

Entraron en la cabaña, donde hacía calor y la estera exhalaba olor a pescado. Jacobo se sentó en un tronco de árbol, y Malva, en un montón de sacos. Entre ambos había medio tonel, que servía a Vasily de mesa. Una vez sentados, se miraron fijamente en silencio.

—¿Así es que quieres trabajar aquí?—preguntó Malva.

—No sé... Si encuentro algo, me quedaré.

—¡Podrás encontrarlo!—dijo con firme acento Malva, fijos en el mozo los ojos verdes, enigmáticamente entornados.

El, sin mirarla, se secó con la manga el sudor de la frente.

Malva, de pronto, se echó a reír.

—Tu madre de seguro te habrá dado un sin fin de recados para tu padre...—inquirió.

Jacobo la miró con las cejas fruncidas y repuso:

—¡Claro! ¿Por qué lo dices?

—¡Por nada!—contestó ella, sin dejar de reír.

Su risa molestó a Jacobo; le parecía que se burlaba de él. Volvió la cara a otro lado y se acordó de los recados de su madre.

—Dile—le rogaba—, en nombre de Cristo, a tu padre, que tu madre está completamente sola hace ya cinco años... Dile, hijito, que estoy muy vieja y trabajando siempre como una negra, sola del todo, abandonada. Dile todo esto, en nombre de Cristo.

Y la pobre mujer empezó a llorar, secándose las lágrimas con el delantal.

Jacobo, que no se había conmovido con las palabras ni con los llantos de su madre, sentía lástima en aquel momento recordándolos. Y, mirando a Malva, frunció severamente las cejas, dispuesto a decirle algo duro.

—¡Bueno, ya estoy aquí!—gritó Vasily, entrando en la cabaña con un pescado vivo en una mano y un cuchillo en la otra.

Había logrado dominar su confusión, ocultarla en lo hondo de su alma, y los miraba a ambos con cara contenta y tranquila; sólo sus movimientos revelaban cierto desasosiego, insólito en él.

—Voy a encender fuego y vuelvo en seguida .. Ya hablaremos... Sí, Jacobo... Te has hecho un buen mozo.

Y salió de nuevo.

Malva seguía mordiendo pepitas de melón, y observaba descaradamente a Jacobo. Este procu-

raba no mirarla, aunque lo deseaba, y se hacía este razonamiento:

"Deben de pasarlo aquí muy bien. Ella está muy robusta, y el padre también lo está bastante."

Luego, molesto por el silencio, dijo:

—Me he dejado el saco de mano en el bote... Voy a buscarlo.

Sin apresurarse, se levantó y salió. Un instante después entró Vasily, se inclinó sobre Malva y le preguntó, enojado y rápido:

—¿Por qué has venido con él? ¿Cómo le explicaré lo que eres para mí?

—¡He querido venir y aquí estoy!—dijo ella lacónicamente.

—Eres una estúpida. Siempre estás haciendo tonterías. ¿Qué vamos a hacer ahora? Comprenderás que no puedo delante de él... Tengo a mi mujer en la aldea... a su madre... Debías comprenderlo.

—¿Qué me importa a mí eso? No os temo a él ni a ti. ¡Me tiene sin cuidado! ¡Qué cara pusiste al reconocerlo! Yo no podía contener la risa.

—A ti te hará mucha gracia, pero tiene muy poca. ¿Qué voy yo a hacer ahora?

—Debías haberlo pensado hace tiempo.

—¿Acaso podía yo saber que el mar iba a arrojármelo aquí tan de repente?

Se oyó crujir la arena bajo los pies de Jacobo, y se volvieron. Jacobo entró con un ligero

saco de mano, lo dejó en un rincón y dirigió, a hurtadillas, una mirada malévola a la mujer.

Seguía entretenida en comer pepitas de melón. Vasily se sentó en el tronco de árbol. Se frotó las rodillas con las manos, y, sonriendo confuso, dijo:

—Con que has venido... ¿Cómo se te ha ocurrido esa idea?

—Ya ves... Te hemos escrito.

—¿Cuándo? No he recibido ninguna carta.

—¿De veras? Sin embargo, te hemos escrito.

—La carta se habrá perdido, sin duda—dijo enojado Vasily—. Las cartas interesantes son precisamente las que se pierden.

—Entonces, ¿no sabes nada de casa?—preguntó a su padre Jacobo, mirándole con desconfianza.

—¿Cómo voy a saber si no he recibido ninguna carta?

Jacobo contó que el caballo se había muerto, que se había acabado el pan en febrero, que no ganaban nada. Tampoco tenían heno, y la vaca estaba a punto de morirse de hambre. Hasta abril se las habían arreglado como habían podido, y luego habían decidido que él, después de la labranza, se fuera tres meses con su padre para ganar algo. Le habían escrito. Por último, habían vendido las tres ovejas, y él se había puesto en camino.

—¡Pues no sabía nada de eso!—exclamó Vasily—. Sin embargo, os he mandado dinero.

—Muy poco. Reparamos la casa... Luego casamos a María... Compramos un arado... No olvides que han pasado cinco años... ¡No es un día!

—Sí, el tiempo pasa. ¿Así es que el dinero que os mandé os duró poco? Yo no creía... Voy a ver si hierve ya la sopa.

Se levantó y salió. Arrodillándose ante el fuego, donde se derramaba la espuma de la cacerola, Vasily se puso a reflexionar. Lo que le había contado Jacobo no le había conmovido; pero había suscitado en él una hostilidad sorda contra su mujer y su hijo. A pesar del dinero que les había enviado durante aquellos cinco años, no habían podido arreglarse. De no estar allí Malva, ya le hubiera él dicho a Jacobo... ¡Se había marchado de la aldea sin la autorización paterna, y no era capaz de sacar la casa adelante! Aquella casa, de la que Vasily, que había llevado hasta entonces una vida tan fácil y tan agradable, no se acordaba casi nunca, se impuso a su memoria. Le parecía un pozo sin fondo, en el que había estado durante cinco años tirando dinero, y pensaba en ella como en algo inútil, sin lo que él podía pasarse muy bien.

Suspiró, moviendo con una cuchara la sopa en la cacerola.

La hoguerita, a la luz fulgurante del Sol, era algo mísero y sin brillo. En ligeras hebras, el humo, azul y transparente, se alejaba lento hacia el mar, salía al encuentro de las salpicaduras de las olas. Vasily lo seguía con la mira-

da y pensaba en su hijo, en Malva, en que la llegada de Jacobo haría su vida más difícil, menos libre que hasta entonces. Jacobo de seguro había adivinado lo que era Malva para su padre.

Mientras tanto, Malva seguía sentada en la cabaña, turbando al joven con sus miradas provocativas, de las que no desaparecía la sonrisa.

—¿Te has dejado alguna novia en la aldea?—le preguntó de pronto, inclinándose hacia él, mirándole fijamente.

—¡Tal vez!—respondió el mozo con frialdad.

—¿Es guapa?—inquirió como distraída Malva.

El no contestó.

—¿Por qué no contestas? ¿Es más guapa que yo?

El mozo la miró, a pesar suyo. Sus mejillas eran morenas y carnosas, y sus labios apetitosos, que entreabría la provocación de una sonrisa, temblaban ligeramente. La blusa roja le sentaba muy bien: dibujaba sus hombros mórbidos y sus altos senos enhiestos. Pero sus ojos verdes, risueños, que ella guiñaba con picardía, no le hacían gracia.

—¿Por qué hablas de ese modo?—dijo suspirando involuntariamente y con un tono humilde que él hubiera querido que fuese severo.

—¿Cómo se debe hablar?—rió ella.

—Siempre estás riéndote, no se sabe de qué.

—¿De qué va a ser? De ti.

—¿De mí? ¿Por qué?—preguntó el mozo,

ofendido y confuso, sin poder sostener su mirada.

Ella no contestó.

Jacobo adivinaba las relaciones de aquella mujer y su padre, y esto le impedía hablar con libertad. Lo que adivinaba no le sorprendía grandemente: había oído muchas veces que los hombres que se iban fuera a ganarse la vida no se conducían muy austeramente. Comprendía, además, que un hombre tan fuerte y tan sano como su padre no podía pasarse tanto tiempo sin mujer. Con todo, su presencia y la de Malva le turbaban. Luego, se acordaba de su madre, agotada por el trabajo y gruñendo siempre, allá en la aldea.

—¡La sopa está dispuesta!—anunció Vasily entrando en la cabaña—. ¡Saca las cucharas, Malva!

Jacobo miró a su padre, y se dijo: "Se ve que viene con frecuencia, cuando hasta sabe dónde están las cucharas."

Ella las sacó, y dijo que tenía que ir al mar a lavarlas. Además, se había dejado una botella de *vodka* en el bote.

Padre e hijo la siguieron con la mirada cuando salió. Ya solos, continuaron un breve espacio silenciosos.

—¿Dónde la has encontrado?—preguntó Vasily.

—En las oficinas, adonde yo había ido a preguntar por ti. Me ha propuesto traerme en bote. "Yo también voy—me ha dicho—a casa de tu padre." Y hemos venido.

—Sí, sí... Yo pensaba en ti con frecuencia. Tenía gana de ver lo cambiado que estabas.

El hijo se sonrió bonachonamente, y su sonrisa le dió ánimos al padre.

—¿Y qué te parece esta mujercita?

—No está mal—dijo, de un modo vago, Jacobo, bajando los ojos.

—¿Qué se le va a hacer, muchacho?—exclamó Vasily agitando los brazos—. He luchado mucho tiempo, pero... no podía más... ¡Soy un hombre, caramba! Luego, necesitaba alguien que me arreglara la ropa... y... ¡qué quieres que te diga! La mujer es como la muerte: no es posible librarse de ella—concluyó en un arranque de sinceridad.

—Yo no me meto en nada—dijo Jacobo—. Eso es cosa tuya. No soy yo el llamado a juzgarte.

Al mismo tiempo pensó:

"Desde luego, no será esa mujer la que te remiende los pantalones."

—Además—continuó Vasily—, no tengo más que cuarenta y cinco años... No me cuesta cara, porque, al cabo, no es mi mujer.

—¡Claro!—aprobó Jacobó.

"¡Me figuro cómo te sacará los cuartos!" —pensó.

En aquel momento volvió Malva con una botella de *vodka* y una porción de rollitos pendientes de un bramante, y se sentaron a comer.

Comieron en silencio, chupando sibilantemente las espinas de los pescados y tirándolas en la

arena, cerca de la puerta. Jacobo comía mucho y con gana, lo que parecía gustarle a Malva, que miraba con una sonrisa acariciadora hincharse sus carrillos morenos y agitarse sus labios húmedos. Vasily comía sin apetito, pero fingiendo poner en ello sus cinco sentidos, para que le dejasen tranquilo; necesitaba reflexionar sobre la nueva situación.

Los gritos rapaces y triunfantes de las gaviotas turbaban la dulce musicalidad de las olas. El calor no era ya tan sofocante. De cuando en cuando, el viento llevaba a la cabaña un poco de frescura impregnada de olor a mar.

Después de la sopa apetitosa y de algunos vasitos de *vodka*, los ojos de Jacobo empezaron a obscurecerse. Se sonreía estúpidamente, tenía hipo, bostezaba y miraba a Malva de tal modo que su padre creyó conveniente decirle:

—Acuéstate un poco, Jacobito. Ya te despertaremos a la hora del te.

—Con mil amores—dijo Jacobo tendiéndose sobre el montón de sacos—. Y vosotros, ¿qué vais a hacer? ¡Ja, ja, ja!

Vasily, molesto por tal hilaridad, se apresuró a salir. Malva apretó los labios, frunció las cejas y respondió a Jacobo:

—No te importa nada lo que vamos a hacer. Eres un pipiolo, ¿te enteras?—y salió a su vez.

—¡Bueno, bueno!—le gritó Jacobo—. ¡Espérate un poco y te enseñaré!... ¡Vaya una... señorita!

Siguió gruñendo unos instantes, y se quedó dormido sin que se borrase de su rostro congestionado la sonrisa feliz.

* * *

Vasily clavó en la arena tres largos palos, los ató por las puntas, los cubrió con una estera, y, guareciéndose en aquel sencillo sombrajo, se acostó boca arriba, con las manos bajo la nuca. Cuando se acercó Malva y se sentó a su lado, en la arena, volvió la cara hacia ella. Malva advirtió que estaba enojado.

—¿Qué hay, amigo?—preguntó riendo—. Parece que no estás muy contento con la llegada de tu hijo.

—Se burla de mí. ¿Y por qué? Por tu culpa—dijo él severamente.

—¿De veras? ¿Por mi culpa?—dijo Malva con afectado asombro.

—¡Claro, por tu culpa!

—¡Ah, pobrecito! ¿Y qué vamos a hacer ahora? ¿Quizá no debo yo venir más a tu casa? Bueno, no vendré más.

—¡Qué diablo de mujer!—exclamó, en tono de reproche, Vasily—. Todos sois lo mismo. Jacobo se ríe, tú también, y, a pesar de todo, los dos sois lo que más quiero. ¿Y de qué os reís, diablos?

Volvió la cabeza y se calló.

Ella, abrazadas las rodillas, balanceaba suavemente el cuerpo, mirando fija, atenta, con sus

ojos verdes, el mar alegre y luminoso. En su rostro brillaba una de esas sonrisas de que dispone en abundancia toda mujer que se da cuenta del poder de su belleza.

Un barco de vela surcaba el agua, semejante a un enorme y pesado pájaro de alas grises. A cada momento se alejaba más de la costa, dirigiéndose allá donde el mar y el cielo se confundían en una inmensa curva azul, cuya paz solemne atraía.

—¿Por qué no hablas?—preguntó Vasily.

—Pienso—dijo Malva.

—¿En qué?

—En muchas cosas.

Y tras una breve pausa añadió:

—Tu hijo es un buen mozo.

—¿Y a ti qué te importa?—exclamó celoso Vasily.

—¿Te enfadas?

—¡Ten cuidado!

Y le dirigió una mirada severa, llena de sospechas.

—¡No hagas tonterías!—continuó—; soy bueno, pero no hay que irritarme.

Apretó los dientes y los puños, y añadió:

—En cuanto has llegado has comenzado un juego que no comprendo aún; pero fíjate: si llego a comprenderlo, te la vas a ganar. Las sonrisas provocativas y todo eso... Os conozco a las mujeres, y sé cómo hay que trataros... Puedes estar segura...

—¡No me asustes, Vasia!—dijo ella con tono indiferente y mirando a otro lado.

—¡Y tú no gastes bromas!

—¡Y tú no me amenaces!

—¡Si no eres razonable, te sacudiré el polvo como a un perro.—gritó Vasily, a cada instante más colérico.

—¿A mí? ¿Me pegarás? — dudó Malva, volviéndose hacia él y mirando con curiosidad su rostro alterado.

—¡Vaya que sí! ¡No te las eches de princesa! Si te lo mereces, te daré una buena paliza.

—¿Pero soy yo acaso tu mujer?—preguntó ella con acento tranquilo y razonable.

Y sin esperar su respuesta, añadió:

—Estás acostumbrado a pegar a tu mujer por cualquier cosa, y piensas que puedes hacer igual conmigo; pero te engañas: ¡yo soy libre! Soy mi propia dueña, y no le temo a nadie. Y tú le temes a tu hijo: daba vergüenza verte tan cortado ante él. ¡Y te atreves a amenazarme!

Sacudió la cabeza con desprecio y se calló. Sus frías palabras desdeñosas habían disipado la cólera de Vasily. El padre de Jacobo nunca la había visto tan bella, y la contemplaba asombrado.

—¡Dices unas cosas!—exclamó, admirando su belleza.

—Pues aun no te las he dicho todas. Sé que te envaneces con Serechka de que no puedo vivir sin ti, de que me eres tan necesario como el pan. Te engañas. Quizá no sea a ti a quien quiero, ni

seas tú lo que me trae aquí. Me gusta este sitio...

Señaló con la mano, en torno:

—Me gusta porque está desierto: se ven en él el mar y el cielo, no se ve a los hombres. Si estás tú, me es lo mismo. Me hago la cuenta de que pago un tributo. Si Serechka estuviera aquí, yo vendría a su casa; si tu hijo estuviera aquí, yo vendría a su casa. Lo mejor sería que no hubiese nadie; estoy hasta la coronilla de todos vosotros. Soy bastante guapa para encontrar un hombre siempre que lo necesite. ¡Y mejor que tú!

—¿De veras? — gritó furiosamente Vasily, echándole de pronto mano a la garganta—. ¿De veras?

La zarandeaba, sin que ella opusiera resistencia, por más que su rostro se iba poniendo rojo y sus ojos iban inyectándose en sangre. La joven limitábase a asir con sus dos manos la de Vasily, que le apretaba el cuello, y a mirarle fijamente a los ojos.

—¡Pues eres una ganga!—murmuraba Vasily con voz ahogada por la cólera—. ¡Y te lo has callado hasta ahora!... ¡Y me has acariciado! ¡Espera, que vas a ver!

La hizo casi caer, y, con una especie de voluptuosidad, le descargó unos cuantos puñetazos. Experimentaba un placer cada vez que hería con el puño su cuello carnoso y tenso.

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado, serpiente?—dijo con acento triunfal, acabando de derribarla.

Sin lanzar un grito, silenciosa y tranquila, cayó de espaldas, encarnada, con los cabellos en desorden y, sin embargo, bella. Le miraba con sus ojos verdes, que expresaban un odio frío y amenazador. Pero él, jadeando en su agitación y contento de haberle dado rienda suelta a su ira, no reparaba en su mirada. Cuando clavó en ella los ojos, triunfante y despectivo, vió que sonreía dulcemente. Sus labios temblaron, se encendieron sus ojos, unos hoyuelos aparecieron en sus mejillas, y se echó a reír. Vasily la miraba lleno de asombro. Reía con tales carcajadas, y parecía tan contenta, como si él no la hubiese pegado.

—¿Qué te pasa, endiablada mujer?—gritó el guarda, oprimiéndole brutalmente una mano.

—Vasia, ¿eres tú quien me ha pegado?—preguntó ella con voz queda.

—¡Claro, yo!

No comprendía nada, y seguía mirándola, sin saber qué debía hacer. ¿Tal vez convendría pegarle más? Pero su cólera se había disipado ya, y su mano no volvió a levantarse.

—¿Así es que me quieres?—preguntó ella con la misma voz queda, echándole el cálido aliento a la cara.

—¡Ah diablo!—dijo Vasily con tono sombrío—. ¡No es así como había que pegarte!

—¡Vasia! Yo que creía que ya no me querías... Yo me decía: "Ahora, que ha venido su hijo, me echará por consideración a él..."

Y Malva seguía riendo con su risa extraña, a carcajadas.

—¡Qué tonta eres!—dijo él, sonriendo a pesar suyo—. Mi hijo no tiene derecho a mezclarse en mis asuntos.

Se sintió avergonzado y le tuvo lástima; pero al acordarse de lo que ella le había dicho, repitió con tono severo:

—Mi hijo no tiene por qué mezclarse en mis asuntos. Si te he pegado, tuya es la culpa; no había necesidad de impacientarme.

—Pero si lo he hecho a propósito... para probarte.

Riendo quedamente, Malva apretó su hombro contra el de Vasily, que miró a hurtadillas hacia la cabaña, y la abrazó.

—¡Diablo de mujer! Has querido probarme, y mira lo que te has ganado. ¡Unos cuantos sopapos!

—No importa—dijo ella con voz firme—. No me enfado, porque me has pegado por cariño, ¿verdad? Yo sabré pagártelo...

Le miró a los ojos, recorrió su cuerpo un ligero estremecimiento, y repitió en voz baja:

—¡Yo sabré pagártelo, verás!

El interpretó sus palabras como una promesa muy halagüeña, y experimentó una dulce emoción. Sonriendo satisfecho, preguntó:

—Bueno, ¿y cómo me lo pagarás?

—Ya verás—respondió tranquilamente Malva, cuyos labios temblaban.

—¡Eres encantadora!—exclamó él acariciándola con pasión—. ¿Sabes que desde que te he pegado te quiero más? ¡Palabra! Más cerca aún, más cerca...

Las gaviotas se cernían sobre el agua. El viento acariciador llevaba casi hasta los pies de los amantes salpicaduras de olas. El mar no cesaba de reír a carcajadas.

—¡Mira lo que son las cosas!—suspiró Vasily, como si se quitase un peso de encima, y acariciando pensativo a la mujer que se estrechaba contra él—. Tiene gracia cómo está todo dispuesto en el mundo: lo que es pecado es tan dulce... Tú no te haces cargo de nada, mientras que yo pienso con frecuencia en la vida... A veces es terrible... Sobre todo de noche, cuando no viene el sueño... Delante de ti se extiende el mar, encima de ti, el cielo; te envuelven las tinieblas, el espacio espantoso, y te encuentras solo, completamente solo en este desierto. ¡Qué pequeño te sientes entonces! Se te figura que la tierra vacila bajo tus pies, y que en toda ella no hay más ser humano que tú... Si al menos en esos momentos te hallases a mi lado, yo no sufriría hasta tal punto la angustia de la soledad.

Malva, con los ojos cerrados, reclinada sobre las rodillas de Vasily, guardaba silencio. El rostro rudo, pero bondadoso, del guarda, se inclinaba sobre ella, y su larga barba descolorida le hacía cosquillas en el cuello. La mujer no se movía, y su única señal de vida era el acompasado subir y

bajar de su pecho. Los ojos de Vasily, ya paseaban su mirada a través del mar, ya la detenían en aquel pecho tan próximo a él. Hablaba del tedio de vivir completamente solo, de las tristes noches de insomnio, llenas de sombríos pensamientos a propósito de la vida. Luego empezó a dar besos en los labios de la mujer, de un modo despacioso y sonoro, como si comiese un manjar suculento.

Así transcurrieron cerca de dos horas. Cuando comenzó a ponerse el Sol, Vasily dijo con acento de fastidio:

—Voy a hacer el te... El huésped no tardará en despertarse.

Malva se apartó con un lánguido movimiento de gata perezosa. Vasily se levantó, laxo, y se dirigió a la cabaña. La mujer, entreabriendo apenas los ojos, le siguió con la mirada, y suspiró como si se desembarazase de una grave carga.

Un rato después, los tres estaban ya sentados en torno a la hoguera, junto a la marmita de agua hirviendo, y charlaban tomando el te.

El sol poniente teñía el mar de vivos colores; al mágico influjo de sus rayos, las olas verdes brillaban con fulgores de púrpura y rosa.

Vasily, bebiendo te a pequeños sorbos en un pucherito, interrogaba a su hijo acerca de la vida de la aldea, y se abandonaba a los recuerdos. Malva, sin tomar parte en la conversación, larga, lenta, atendía.

—Así es que los *mujiks* viven, a pesar de todo.

—¡Malamente!—respondió Jacobo.

—Nosotros, con bien poco nos contentamos: con una casa limpia y un poco de pan... y un vaso de *vodka* los días de fiesta... Sí... Pero hasta eso nos falta... ¿Acaso hubiera yo dejado la aldea de poder vivir en ella? En la aldea, uno es dueño de sí mismo, igual a los demás; mientras que aquí es un siervo...

—Sí, pero aquí, al menos, se come lo que se tiene gana, y el trabajo no es tan fatigoso.

—Te equivocas. A veces tengo molidos los huesos... Además, aquí se trabaja para otro, mientras que en casa trabaja uno para sí mismo.

—Pero se gana más — replicó tranquilamente Jacobo.

En su fuero interno, Vasily compartía la opinión de su hijo: en la aldea, el trabajo y la vida eran mucho más difíciles que allí; pero no quería que Jacobo lo supiese, y dijo con tono severo:

—¿Tú qué sabes lo que se gana aquí? No, pequeño, no digas eso: la aldea...

—¡Es un agujero obscuro y estrecho!—interrumpió Malva riendo de un modo maligno—. En ella, las que más padecen son las mujeres... No hacen más que derramar lágrimas.

—La vida de las mujeres es en todas partes la misma—dijo Vasily fruciendo las cejas y mirándola—. Y el mundo es en todas partes el mismo, como el Sol.

—¡Pero qué tonterías dices—gritó ella animán-

dose—. En la aldea, una mujer tiene que casarse, aunque sea contra su voluntad. Y una vez casada, es una esclava eterna; labra, hila, cuida a las bestias, pare. Para ella misma, nada... sólo los juramentos y los sopapos del marido.

—¡Como si no hiciera uno más que pegarle a la mujer!—saltó Vasily.

—Mientras que aquí—continuó Malva sin hacerle caso—no le pertenece una a nadie. ¡Es una libre como una gaviota! Puede una volar a su antojo y nadie se lo impide, nadie se atreve a ponerle la mano encima.

—¿Y si alguien te la pone?—preguntó Vasily, sonriendo como si quisiera recordarle algo.

—¡Pues le pagaré!—dijo ella con dulzura; y el brillo de sus ojos se apagó de pronto.

Vasily se rió bondadoso.

—Tienes mucha labia—arguyó—. Pero eso son tonterías de mujeres. En la aldea, la mujer es una trabajadora, un ser útil, mientras que aquí... sólo vive para el placer y...—se interrumpió un momento—: Y para el pecado.

Cuando la discusión terminó, Jacobo, lanzando un suspiro, observó:

—Se diría que ese mar no tiene fin.

Los tres miraron en silencio el desierto que se extendía ante sus ojos.

—¡Si todo eso fuera terreno—exclamó Jacobo, haciendo con la mano un amplio ademán—, y terreno fértil! ¡Y si se pudiera labrar todo!...

—No es mala idea—dijo Vasily sonriendo y

mirando con complacencia el rostro de su hijo, animado por la suposición expresada.

Le satisfacía el cariño del mozo a la tierra, y pensaba que tal cariño le haría renunciar pronto a sus sueños de vida libre y tornar a la aldea. Entonces él se quedaría solo con Malva y todo seguiría como antes.

—¡Muy bien dicho, Jacobo! Tus palabras son las de un verdadero campesino. Un campesino sólo es fuerte por la tierra; mientras permanece sobre ella puede vivir; pero está perdido en cuanto la abandona. Un campesino sin la tierra es como un árbol sin raíces: sirve sólo para aprovechar su madera y no puede vivir mucho tiempo, acabando por pudrirse. Pierde para siempre su hermosura, su lozanía. ¡Muy bien dicho, Jacobo!

El mar, al aprestarse a recibir en su seno el sol, le saludaba con la música de sus olas, teñidas por sus rayos de despedida de colores bellísimos, extremadamente ricos en matices. La fuente divina de luz creadora de la vida le daba al mar su adiós con la armonía elocuente de sus colores. El brillo alegre de sus rayos despertaría en aquel instante a la tierra dormida, a enorme distancia de aquellos tres seres humanos que lo seguían con la mirada.

—Cuando miro ponerse el Sol, parece que el corazón se me deshace... ¡De veras!—dijo Vasily dirigiéndose a Malva.

Ella no respondió. Los ojos azules de Jacobo

sonreían y paseaban su mirada por las lejanías del mar.

Durante largo rato, los tres, pensativos, contemplaron el lento morir de la tarde.

Ante ellos se consumían, bajo la marmita, las últimas ascuas. A sus espaldas, la noche dispersaba ya por el cielo sus sombras. La arena amarilla se obscurecía; las gaviotas habían desaparecido. Todo en torno se tornaba suave, melancólico, acariciador. El ruido de las olas infatigables, al chocar con la arena, no era ya el ruido alegre de por el día.

—Bueno, ya es tarde. ¡Tengo que irme!—dijo Malva.

Vasily, lleno de embarazo, miró a su hijo.

—¿Qué prisa tienes?—balbuceó con tono de enojo—. Espera, no tardará en salir la Luna.

—No me hace falta la Luna. No tengo miedo. Además, no es la primera vez que me voy de noche de aquí.

Jacobo miró a su padre y entornó los ojos para ocultar la sonrisa que brillaba en ellos. Luego miró a Malva, que le miró a su vez, turbándole.

—¡Bueno, vete!—contestó Vasily, descontento y sombrío.

Malva se levantó, se despidió y echó a andar lentamente a lo largo de la lengua de tierra. Las olas, rodando a sus pies, parecía que jugaban. En el cielo se encendían, como trémulas flores de oro, las estrellas. La blusa roja se ale-

jaba poco a poco de Vasily y de su hijo, que la seguían con los ojos.

De pronto oyeron la voz fuerte y penetrante de Malva.

Cantaba.

Le pareció a Vasily que se detenía y esperaba. Escupió furioso, pensando: "¡Lo hace a propósito... para impacientarme... ¡Diablo de mujer!"

Y dijo en alta voz, riendo:

—¡Calla! ¡Cómo canta!

Ya sólo la veían como una mancha gris en las sombras.

Vibraba su voz sobre el mar.

—¿Oyes?—exclamó Jacobo inclinando todo su cuerpo hacia el sitio donde se oía la canción tentadora:

Pon tu cabeza en mi pecho,
que se parece a dos palomas blancas...

Jacobo le miró sin comprender y tornó a su actitud ansiosa.

Medio borradas por el ruido de las olas, llegaban hasta los dos hombres palabras sueltas de la canción provocativa:

"Yo no puedo dormir
sola esta noche..."

—¡Qué calor hace!—dijo con voz alterada Vasily, agitándose sobre la arena—. A pesar de que anochece, sigue haciendo calor. ¡Maldito país!

—La arena... calentada... durante el día...—explicó trabajosamente Jacobo, volviendo la cabeza.

—¿Qué te pasa? Parece que te ríes—inquirió severamente el padre.

—¿Yo?—replicó con tono inocente Jacobo—. ¿De qué voy a reírme?

—También yo creo que no hay motivo.

Ambos se callaron.

A través del ruido de las olas, llegaban a sus oídos gritos dulces, acariciadores y llenos de promesas, como suspiros de pasión.

* * *

Pasaron dos semanas. Otra vez era domingo; otra vez Vasily Legostev, tendido en la arena junto a su cabaña, miraba al mar y esperaba a Malva. El mar, desierto, reía, jugaba con el sol, reflejado en su superficie, y millones de olas nacían para trepar por la arena, sacudir en ella la espuma de sus crines, volver al mar y desaparecer. Todo estaba lo mismo que catorce días antes. Pero Vasily, que esperaba entonces a Malva con tranquila seguridad, la esperaba ahora con impaciencia. El domingo último no había ido: aquella mañana tenía que ir. El no lo dudaba; pero quería verla lo más pronto posible. Jacobo no los molestaría. Había ido allí dos días antes, con otros obreros, a buscar las redes, y le había dicho que el domingo por la mañana iría a la ciudad a comprarse camisas. Se había contratado sólo para tirar de las lanchas pescadoras, a razón de quince rublos mensuales; pero había salido ya de

pesca varias veces y parecía muy contento. Como todos sus compañeros, olía a pescado, iba sucio y llevaba una ropa muy rota.

Vasily suspiró pensando en su hijo.

—Con tal que no se eche a perder aquí... Si ocurre eso, es muy probable que no quiera volver a la aldea, y entonces seré yo quien tendrá que volver.

Sólo se veían sobre el mar las gaviotas. Allá, donde el perfil de la costa arenosa separaba el cielo del agua, aparecían de cuando en cuando unos puntitos negros, se agitaban y desaparecían. Y el bote no se divisaba, por más que los rayos del Sol se proyectaban sobre el mar casi perpendicularmente. A aquella hora, Malva se encontraba ya allí los otros domingos.

Unas gaviotas empezaron a reñir en el aire, de un modo tan encarnizado, que las plumas volaban en todas direcciones. Sus gritos furiosos turbaban la alegría del canto de las olas, tan continua, tan armoniosamente concertado con la calma solemne y fúlgida del cielo, que parecía una música producida por los rayos del Sol en su gozoso juego sobre la superficie del mar. Las gaviotas cayeron al agua, pero siguieron combatiendo, entre gritos furiosos de cólera y dolor; luego comenzaron de nuevo a volar, persiguiéndose una a otra... Y sus compañeras—una numerosa bandada—, como si no viesen el terrible duelo, pescaban ávidas, hundiendo con rapidez el pico en el agua verde y transparente.

Y el mar seguía desierto. No se veía nunca sobre la superficie, allá, a lo lejos, junto a la costa, la conocida mancha negra.

—¿Con que no vienes?—dijo en voz alta Vasily—. ¡Qué vamos a hacerle! ¡Nos pasaremos sin ti!

Escupió con desprecio en dirección a la costa. El mar.

Vasily se levantó y se dirigió a su cabaña, con intención de hacer la comida, volviendo a los pocos momentos y tendiéndose en el mismo sitio, en vista de que no tenía apetito.

—¡Si al menos hubiese venido Serechka!—se dijo.

Y se puso a pensar en Serechka. Era éste un sujeto poco recomendable: se burlaba de todos, siempre dispuesto a pelearse con cualquiera. Era robusto, tenía mucho mundo, sabía leer y escribir; pero se emborrachaba. Siempre estaba alegre. Las mujeres se pirraban por él; hacía poco tiempo que había aparecido por aquellos contornos, y, no obstante, se las llevaba a todas de calle. Sólo Malva se le mantenía a distancia... Pero, ¡demonio de mujer! ¿Por qué no iba? Acaso estuviera enfadada porque la había pegado. Seguramente no sería la primera vez que recibía golpes: otros, sin duda alguna, le habrían sacudido el polvo más firme aún. Lo que es entonces sí que iba a ganarse una buena tunda.

De este modo, pensando ya en su hijo, ya en Serechka, y sobre todo en Malva, Vasily, tendi-

do en la arena, esperaba. La inquietud iba convirtiéndose en su espíritu en una sospecha obscura, a la que no quería abandonarse. La rechazó y pasó las horas hasta el anochecer, ya paseándose por la arena, ya tendido de nuevo. El mar empezaba a obscurecerse, y él seguía con los ojos en el horizonte, en espera del bote.

Pero Malva no fué aquel día.

Al acostarse por la noche, Vasily renegaba de su servicio, que no le permitía marcharse a la costa; durmiéndose ya, se incorporó dos o tres veces bruscamente, creyendo oír a lo lejos el ruido de los remos, y miró al mar obscuro y agitado. Allá en la costa, en la pesquería, brillaban hogueras; pero en el mar no se veía nada.

—¡Ya verás, bruja!—amenazaba Vasily.

Al fin, se durmió con un sueño pesado.

He aquí lo que había ocurrido aquel día en la costa:

Jacobo se levantó temprano, cuando el sol no calentaba aún y se desprendía de las olas una suave frescura. Salió de su barraca para lavarse en el mar, y al acercarse a la orilla, vió a Malva. Estaba sentada en la popa de una barcaza anclada muy cerca de la orilla, con las piernas desnudas colgando, y se peinaba los cabellos húmedos.

Jacobo se detuvo y se puso a mirarla con curiosidad.

La blusa, abierta sobre el pecho, dejaba también ver los hombros, blancos y apetitosos.

Las olas batían el bote, que se balanceaba, y los pies de Malva casi tocaban el agua a veces.

—¿Te has bañado, eh?—preguntó Jacobo.

Ella volvió la cabeza, miró a hurtadillas un momento sus piernas, y, sin interrumpir su peinado, respondió:

—Sí, me he bañado... ¡Qué madrugador estás hoy!

—Más madrugadora estás tú.

—Creo que no querrás imitarme.

Jacobo no contestó.

—¡No te creo tan loco que quieras hacer cuanto yo hago!

—¡Eres terrible!—exclamó él riendo.

E inclinándose sobre el agua, empezó a lavarse. Cogiendo en el hueco de ambas manos el agua, se frotaba con ellas el rostro, y experimentaba una grata sensación de frescura. Mientra se secaba con el faldón de la camisa, preguntó a Malva:

—¿Por qué quieres siempre asustarme?

—¿Y por qué me persigues siempre con tus miradas?

Jacobo juraría que no la miraba más que a las otras trabajadoras; pero le dijo, en un arranque, que le sorprendió a él mismo:

—¡Como eres tan apetitosa!

—¡Si tu padre se entera de tus bellaquerías, te la vas a ganar!—le contestó Malva, dirigiéndole una mirada picaresca y provocativa.

Jacobo se echó a reír y subió a la barca. No sa-

bía a qué bellaquerías se refería ella; pero pensó que, sin darse cuenta, tal vez la mirase más que a las otras. Y, sin saber por qué, se sintió satisfecho, alegre.

—¡Mi padre!—dijo con negligencia, dirigiéndose por el puente hacia Malva—. Supongo que no te habrá comprado.

Sentándose a su lado, acarició con la mirada sus hombros desnudos, su pecho medio al aire, toda su figura fuerte y fresca, que olía a mar.

—¡Vaya un mújol!—exclamó entusiasmado, luego de examinar a Malva a su gusto.

—¡Pero no para ti!—le replicó ella lacónicamente, sin mirarle y sin abrocharse la blusa.

Jacobo suspiró.

El mar infinito se extendía ante ambos bajo los rayos del Sol matutino.

Pequeñas olas joviales, nacidas al soplo acariciador del viento, batían suavemente la barca. A lo lejos, como una cuchillada en el pecho del mar, se veía la lengua de tierra. El grueso mástil que allí se alzaba parecía un sedal muy fino que se hundía en el cielo azul; en su punta, el viento hacía ondear un trapo.

—¡Sí, niño!—dijo Malva, siempre sin mirar a Jacobo—. Soy apetitosa; pero no para ti. Y nadie me ha comprado... Tu padre no tiene sobre mí ninguna autoridad. Soy independiente, y sólo vivo para mí. Pero es preciso que no me galantees, pues no quiero ser causa de desavenencias entre tu padre y tú. No soy amiga de querellas. ¿Entiendes?

—¡Pero si yo no te toco!—se asombró Jacobo—. Si crees que yo...

—¡Claro que no te atreverás a tocarme!—dijo Malva.

Y lo dijo en un tono tan desdeñoso para él, que Jacobo se sintió ofendido como hombre y como macho. Obedeciendo a un impulso casi de hostilidad, y con los ojos brillantes:

—¿De veras?—exclamó acercándose a ella—. ¿Crees que no me atreveré?

—¡Claro que no te atreverás!

—¿Y si me atreviese?

—¡Inténtalo si eres hombre!

—¿Qué me pasaría?

—Yo te daría un puñetazo en la nuca y te haría caer al agua.

—¡A que no!

—¡Anda, tócame si eres hombre!

El mozo le dirigió a Malva una mirada toda fuego, y de pronto la estrechó fuertemente entre sus recios brazos, oprimiéndole con rudeza el pecho y la espalda. El contacto con aquel cuerpo cálido y fuerte inflamó todo su ser y puso un nudo en su garganta.

—¡Anda, pégame!

—¡Déjame, Jacobo!—dijo ella tranquilamente, esforzándose en desembarazarse de sus manos trémulas.

—¿No querías darme un puñetazo en la nuca?

—¡Déjame, o te la ganarás!

—¡Qué miedo!... ¡Vaya una mujer! ¡Una verdadera frambuesa!

Se apretó contra ella y empezó a besar su mejilla sonrosada con sus gruesos labios.

Ella prorrumpió en una risa provocativa, asió fuertemente las manos de Jacobo, y de pronto, se lanzó hacia delante con un movimiento brusco de todo su cuerpo. Uno en brazos del otro, formando una masa pesada, cayeron ambos al mar y desaparecieron en medio de un remolino de espuma. Después emergieron del agua, la cabeza mojada y el rostro asustado de Jacobo, y, muy cerca, Malva, a manera de una gaviota.

Jacobo, manoteando desesperadamente y agitando el agua en torno suyo, aullaba y gruñía, mientras Malva nadaba a su alrededor, riendo a carcajadas, y le tiraba puñados de agua salada a los ojos, sumergiéndose de vez en cuando para que las zarpas de Jacobo no la alcanzasen.

—¡Diablo!—gritaba el mozo, jadeando—. ¡Voy a ahogarme! ¡Basta! ¡En serio, voy a ahogarme!... El agua está tan... amarga... ¡Dios mío, que me ahogo!

Malva le había abandonado, y, nadando como un hombre, se dirigía a la costa. Cuando llegó, trepó hábilmente a la cubierta de la barca, y, de pie en la popa, se puso a mirar, burlonamente, cómo se acercaba Jacobo a toda prisa. La ropa mojada y pegada a su cuerpo dibujaba todas sus líneas desde las rodillas hasta los hombros. Jacobo, llegando al lado de la barca, y asiéndose a ella, fijó los

ojos ávidos en aquella mujer empapada de agua, casi desnuda, que se reía, con gran regocijo, de él.

—¡Bueno, sube, foca!—dijo ella, sin dejar de reír, y, arrodillándose, le tendió una mano, apoyando en el borde de la barca la otra.

Jacobo le cogió la mano y gritó con animación:

—¡Ahora, prepárate! ¡Voy yo a bañarte a ti!

Y tiraba de ella, sin salir del agua, que le llegaba hasta los hombros. Las olas le cubrían a veces la cabeza, y al chocar contra la barca, salpicaban el rostro de la mujer. Malva guiñaba los ojos y reía a carcajadas. De pronto, lanzando un grito agudo, se tiró al mar, haciendo hundirse al mozo bajo el peso de su cuerpo. Y de nuevo empezaron a jugar en el agua verde, como dos grandes peces, salpicándose el uno al otro, dando alegres gritos, aullando y zambulléndose. El Sol los miraba riendo. Las ventanas de las casas costeras reían también, reflejando el Sol en sus cristales. El agua, cortada por sus brazos fuertes, sonaba de un modo jocundo. Las gaviotas, a quienes inquietaba la agitación de aquellos dos seres humanos, volaban, lanzando gritos penetrantes, por encima de sus cabezas, sobre las que pasaban a veces, llegando de muy lejos, las olas.

Al fin, fatigados, habiendo tragado no poca agua salada, se sentaron al sol, en la playa.

—¡Caramba!—decía, haciendo muecas y escupiendo, Jacobo—. ¡Qué agua más repugnante! Por eso hay tanta...

—De todo lo que es feo hay mucho en el mundo—dijo Malva riendo y escurriendo el agua de sus cabellos—. Por ejemplo, los sinvergüenzas como tú, ¡cuánto abundan, Dios mío!

Sus cabellos eran negros, no demasiado largos, pero espesos y rizosos.

—Por eso tú has elegido un viejo—replicó con una sonrisa irónica Jacobo, dándole un empujoncito a Malva.

—Hay viejos que valen más que los jóvenes.

—¡Sí, pero... si el padre es bueno, el hijo es aún mejor!

—¡Oye, oye! ¿Quién te ha enseñado a darte tono de ese modo?

—Las muchachas de la aldea solían decirme que no les parecía mal.

—¿Qué saben las muchachas campesinas? Hay que preguntármelo a mí.

—Tú eres una muchacha como las demás. ¿O quizá no eres muchacha?

Ella le miró fijamente. El mozo lanzó una carcajada provocativa. Entonces, Malva, poniéndose seria de pronto, le dijo con voz alterada:

—Lo era, pero hace mucho tiempo ya.

—¿De veras?

Y el mozo se echó a reír de nuevo.

—¡Imbécil! — dijo ella duramente, y volvió la cabeza.

Jacobo experimentó cierta inquietud, y apretando los labios, no contestó.

Durante media hora, uno y otra permanecie-

ron en silencio, volviéndose hacia el sol, de modo que sus ropas se secasen lo más pronto posible.

En las barracas, largas porchadas sucias, de techo inclinado, se iban despertando los pescadores. De lejos—las barracas se hallaban a trescientos metros de distancia—, desnudos o vestidos de harapos y con los cabellos en desorden, todos se parecían. Se oían sus voces enronquecidas. Uno daba golpes en el fondo de un tonel vacío, y se diría que tocaba un gran tambor. Dos mujeres se insultaban a gritos. Un perro ladraba.

—¡Están levantándose!—dijo Jacobo—. Yo quería haberme ido a la ciudad muy de mañana, y he perdido el tiempo haciendo tonterías contigo.

—¡Si conmigo no puede ocurrir nada bueno!—dijo Malva, mitad en broma, mitad en serio.

—¿Sigues pretendiendo asustarme?—preguntó él con una sonrisa de asombro.

—¡Verás cómo se pone tu padre contigo!

Jacobo montó en cólera.

—¿A qué santo estás siempre hablándome de mi padre?—gritó groseramente—. Yo no soy ya un muchacho, y no tengo miedo. Esto no es la aldea... Aquí las costumbres son muy distintas, no soy ciego para no verlo... Además, mi padre también tiene sus pecados, y... hace aquí lo que le da la gana... Más vale, pues, que no me hables de él. Tengamos la fiesta en paz.

Ella le dirigió una mirada burlona y le preguntó con interés:

—¿La fiesta en paz? ¿Qué vas a hacer?

—¿Yo?

El mozo hinchó los carrillos y dilató el pecho, como si levantase un pesado fardo.

—¿Yo? Soy capaz de muchas cosas. He respirado ya bastante esta brisa y me he limpiado, respirándola, del polvo de la aldea.

—¡Qué pronto!—sonrió Malva.

—¡Y tan pronto! Estoy dispuesto hasta a robarte a mi padre.

—¿De veras? ¿En serio?

—¡Sin temor ninguno, no lo dudes!

—¡Qué bromista eres!

—¡Oye, no me provoques!—dijo el mozo con voz alterada y ardiente—. No te burles de mí, si no quieres...

—¿Qué?—preguntó ella tranquilamente.

—¡Nada!

Entonces fué él quien volvió la cabeza y calló. Su actitud era la del hombre que no teme nada y está seguro de sí mismo.

—¡Qué valiente eres!—dijo Malva—. Me recuerdas al perrito negro de nuestro capataz. Es lo mismo que tú: de lejos, ladra y parece lleno de furia, y cuando uno se acerca a él, huye con el rabo entre las piernas.

—Bueno—gritó Jacobo con una cólera creciente—. ¡Espera, que vas a ver cómo soy!

Ella seguía riendo y le miraba a los ojos.

En aquel momento vieron acercarse, tambaleándose, a un hombre alto, fornido, de tez bronceada y cabellos de color de fuego, que le cu-

brían la cabeza a manera de gorro. Su camisa roja, sólo sujeta a la cintura por el pantalón, estaba desgarrada por detrás hasta cerca del cuello, y para que las mangas no se le cayesen de los brazos, las llevaba subidas hasta los hombros. Su pantalón no era sino una variada colección de agujeros. Iba descalzo. En su rostro, pecoso en extremo, brillaban unos grandes ojos azules, y era un pregón de rebeldía y de insolencia la nariz ancha y arremangada.

Cuando estuvo a unos cuantos pasos de Malva y Jacobo, se detuvo, y, mostrando sus carnes al través de los numerosos agujeros de su ropa, hizo un ruido cómico con la nariz, clavó en ellos una mirada de curiosidad y puso una cara clownesca.

—Ayer, Serechka bebió un poco—dijo—, y hoy están sus bolsillos como capazos agujereados. Prestadme veinte copecks; no volveréis a verlos.

Jacobo se echó a reír. Malva se sonrió y se puso a contemplar aquella figura harapienta.

—Bueno; ¿me los dais, o no? Os caso por veinte copecks, si queréis.

—¡Tiene gracia! ¿Eres acaso un pope?

—No; pero en Uglich serví en casa de un pope. ¡Qué imbécil eres! Dame los veinte copecks.

—Si no quiero casarme!—se negó Jacobo.

—Dámelos, sin embargo; no le diré a tu padre que galanteas a su querida—insistió Serechka, lamiéndose los labios secos.

—Puedes decirle las mentiras que te dé la gana; no te creerá.

—Le mentiré tan bien que habrá de creerme. ¡Y te pegará como a un perro, muchacho!

—No tengo miedo.

—¡Entonces, te pegaré yo!—declaró tranquilamente Serechka, cuyas pupilas se contrajeron.

Jacobo no quería soltar los veinte copecks; pero le habían ya prevenido de que no convenía reñir con Serechka y de que lo mejor era satisfacer sus deseos. No pedía mucho; pero cuando se le negaba, se vengaba con alguna mala pasada durante el trabajo o haciendo uso de sus puños. Jacobo se acordó de tales informes, y, lanzando un suspiro, se llevó la mano al bolsillo.

—¡Así me gusta!—le animó Serechka, sentándose a su lado en la arena—. Obedéceme siempre y serás un mozo prudente.

Luego, dirigiéndose a Malva, preguntó:

—¿Y tú? ¿Te casarás pronto conmigo? Despáchate, no tengo tiempo que perder.

—¡Zúrcete los pantalones, y después hablaremos!—respondió Malva.

Serechka contempló un momento, con mirada crítica, sus agujeros, y sacudió la cabeza.

—¡Más vale que me des tu refajo!

—¡Tendría mucha gracia!—rió Malva.

—No, en serio: ¿no tienes un refajo viejo?

—Mejor sería que te comprases unos pantalones.

—¡Ca! Prefiero gastarme el dinero en la taberna.

—¿Te parece mejor?—preguntó riendo Jacobo, con cuatro piezas de cinco copeks en la mano.

—¡Naturalmente!—repuso Serechka—. El pope me decía que el hombre debía pensar más en su alma que en su cuerpo. Y mi alma pide "vodka", no pantalones. ¡Dame el dinero! Muy bien. Ahora beberé un poco. Pero, de todos modos, le contaré a tu padre...

—¡Cuéntale lo que quieras!—dijo Jacobo guiñando un ojo y mirando a Malva, en cuyo hombro dió un golpecito.

—Y te enterarás de la fuerza de mis puños... cuando yo tenga un poco de tiempo... ¡Quedarás satisfecho, palabra!

—¿Pero por qué?—preguntó con ansiedad Jacobo.

—Ni yo mismo lo sé... Bueno, Malva, ¿cuándo te casas conmigo?

—Dime antes qué vamos a hacer y cómo vamos a vivir... y lo pensaré—contestó seriamente Malva.

Serechka miró al mar, guiñó los ojos, se lamió los labios y dijo:

—No haremos nada... nos pasearemos a través de la tierra.

—¿Y qué comeremos?

—¡Bah!—replicó él haciendo un gesto de desprecio—, razonas igual que mi madre: ¿dónde y cómo? ¡Qué fastidiosas sois las mujeres! ¿Acaso

sé yo qué vamos a comer? Por de pronto, voy a beber...

Se levantó y se fué, acompañado de una extraña sonrisa de Malva y de una mirada hostil del mozo.

—¡Vaya un tipo!—dijo Jacobo, cuando Serechka estaba ya bastante lejos—. En la aldea hace tiempo que le hubieran llamado al orden... Se la hubiera ganado ya, mientras que aquí le tienen miedo...

Malva le miró, y contestó, al través de sus dientes apretados:

—¡Cállate, cerdo! ¿Sabes tú lo que vale ese hombre?

—No tiene mucho que saber: semejantes tipos valen a cinco copeks el paquete, y eso cuando el paquete contiene por lo menos ciento.

—¡Te engañas!—dijo ella con acento burlón—. Quien no vale nada eres tú, mientras que él... ha recorrido a la ventura toda la tierra y no le teme a nadie.

—¿Acaso yo le temo a alguien?—preguntó el mozo, echándoselas de valiente.

Ella no respondió. Miraba pensativa las olas que batían la playa y mecían la pesada barca en el agua. El mástil se balanceaba, y la popa, ya se elevaba, ya se hundía en el agua, produciendo un ruido sonoro y obstinado, como si la barca quisiera desatarse y huir al mar ancho y libre, y estuviera furiosa contra la cuerda que la sujetaba.

—Bueno, ¿por qué no te marchas?—preguntó Malva.

—¿Adónde?
—¿No querías ir a la ciudad?
—Ya no voy.
—Bueno; ve a ver a tu padre.
—¿Y tú?
—¿Qué?
—¿Tú no vas?
—No.
—¡Entonces, yo no voy tampoco!
—¿Te vas a pasar todo el día conmigo?—preguntó ella con tono tranquilo.
—¿Te crees que te necesito?—respondió Jacobo ofendido.
Se levantó bruscamente y se fué.

* * *

Pero se engañaba al creer que no la necesitaba. A poco de alejarse de ella empezó a aburrirse. Después de la conversación que habían tenido, sentía una vaga malquerencia contra su padre. No la sentía ni la víspera ni aquella mañana, antes de la conversación. Y a la sazón le parecía que su padre le sujetaba, a pesar de estar lejos de allí, en el mar, en aquella estrecha cinta de tierra apenas visible. También le parecía que sujetaba a Malva. Si ella no tuviera miedo, todo sucedería muy de otra suerte entre los dos, y a la sazón no se aburriría echándola de menos, aunque hacía muy pocas horas ni siquiera pensaba en ella.

Vagaba por la costa, mirando sin interés a la gente con quien se cruzaba y hablándole sin gana.

Sentado en el suelo, a la sombra de un tonel vacío, vió a Serechka, que tocaba la *balalaika*, gesticulaba cómicamente y cantaba.

Le rodeaban hasta veinte hombres, todos los cuales, vestidos de harapos como él, exhalaban, como cuanto les rodeaba, olor a pescado salado. Cuatro mujeres, feas y sucias, sentadas en la arena cerca del grupo, bebían te, que escanciaban de una gran tetera de hoja de lata. Un trabajador, a pesar de la hora matinal, estaba ya borracho perdido. Se arrastraba por la arena y se caía cada vez que intentaba ponerse en pie. No lejos lloraba una mujer; se oía a distancia la música de un acordeón viejo... y por todas partes brillaba la escama de pescado.

A mediodía, Jacobo encontró un rincón umbroso, entre unos toneles vacíos, se acostó allí y durmió hasta la tarde.

Cuando se despertó, empezó de nuevo a vagar sin un objeto determinado; pero turbado por deseos imprecisos.

Tras de vagar así cerca de dos horas, encontró a Malva a gran distancia de las barracas, a la sombra de unos sauces blancos. Estaba tendida de lado, y tenía en las manos un libro estropeadísimo. Miró a Jacobo sonriendo.

—Pues no te escondes tú poco—dijo el mozo, sentándose junto a ella.

—¿Hace mucho tiempo que me buscas?—preguntó Malva con voz firme.

—¿Pero te buscaba yo quizá?—exclamó Jacobo.

Comprendió de pronto que Malva tenía razón; sin darse cuenta él mismo, había estado buscándola. Lleno de confusión, sacudió la cabeza.

—¿Sabes leer?—preguntó ella.

—Sí, pero muy mal... Lo he olvidado casi del todo.

—Yo también leo muy mal... Tú aprenderías en la escuela...

—Sí, en la aldea.

—Yo aprendí sola.

—¿De veras?

—Como lo oyes. En Astraján, siendo yo cocinera en casa de un abogado, su hijo me enseñó a leer.

—Entonces no aprendiste sola.

Ella le miró y preguntó:

—¿Te gustaría leer libros?

—¿A mí? No; no hay en ellos nada interesante.

—A mí sí me gusta leer... Este libro me lo ha prestado la mujer del capataz.

—¿Y qué libro es?

—La historia de San Alejo.

Y Malva le contó a Jacobo cómo San Alejo abandonó, muy joven, la casa de sus padres, ricos y nobles, y volvió luego a ella muy pobre, harapiento, quedándose a vivir en el patio, en

compañía de los perros, y no dándose a conocer hasta su muerte.

—¿Por qué haría eso?—preguntó con voz suave y expresión pensativa.

—¿Y yo qué sé?—respondió Jacobo, indiferente.

Estaban rodeados por todas partes de colinas de arena, formadas por el viento y las olas. De lejos, del lado de las barracas, llegaba un confuso rumor. Se ponía el Sol, y la arena reflejaba sus rayos rosáceos. El claro follaje de los sauces blancos se agitaba apenas al leve soplo del viento marino.

Malva callaba y parecía escuchar algo.

—¿Por qué no has ido hoy allí, a la lengua de tierra?—preguntó Jacobo.

—¿Y a ti qué te importa?

El arrancó una hoja y empezó a mordisquearla, mirando con disimulo a la mujer y pensando de qué manera le diría lo que necesitaba decirle.

—Yo, cuando estoy sola—dijo ella suavemente—y cuando todo está tranquilo a mi alrededor..., siento gana de llorar... o de cantar; pero no sé canciones bonitas, y llorar... me da vergüenza...

Jacobo oía su voz, armoniosa y acariciadora; pero lo que decía no encontraba eco alguno en su corazón y no hacía sino aumentar la brutalidad de sus deseos.

—Escucha—dijo con voz sorda, acercándose a ella, aunque sin mirarla—. Escucha lo que voy a decirte... Yo soy un muchacho joven...

—Y estúpido, estúpido hasta más no poder— acabó Malva, con acento de convicción.

—Convengamos en que soy estúpido—dijo Jacobo con enojo—, para eso no se necesita ser inteligente. ¿Qué te importa a ti que yo sea estúpido?... Escucha, ¿quieres que tú y yo?...

—No me hables de eso. ¡No quiero!

—¿Qué es lo que no quieres?

—¡Nada!

—No seas bestia.

La cogió suavemente por el hombro.

—Escucha...

—¡Déjame, Jacobo!—dijo ella con severidad y zafándose de su mano—. ¡Déjame!

El mozo se levantó y miró en torno.

—¡Bueno; ya que te pones así, vete al diablo! Hay aquí muchas mujeres. ¿Te crees quizá que eres mejor que las demás?

—¡Eres un pipiolo!—dijo Malva tranquilamente, poniéndose en pie y sacudiendo la arena de su ropa.

Y echaron a andar, uno junto a otro, hacia las barracas.

Sus pies se hundían en la arena, y caminaban lentamente.

Jacobo, tan pronto intentaba conseguir de ella, por medio de brutales tentativas de persuasión, que accediese a sus deseos, como le decía, en tono despectivo, que no era allí la única mujer ni valía más que las otras. Ella le respondía riendo, sin alterarse, con palabras mortificantes.

De pronto, cuando se hallaban ya muy cerca de las barracas, el mozo se detuvo y la cogió por el hombro.

—¡Te complaces en sacarme de quicio! ¿Qué consigues con eso? ¡Ten cuidado, que te la vas a ganar!

—¡Déjame en paz!

Malva, zafándose del mozo, se alejó. A su encuentro salió Serechka, de detrás de una barraca.

Sacudiendo su cabellera de color de fuego, dijo con tono amenazador:

—¿Os habéis divertido juntos? ¡Muy bien!

—¡Idos todos al diablo!—exclamó Malva con cólera.

Jacobo se había detenido ante Serechka y le miraba sombríamente. Se hallaban a diez pasos uno de otro.

Serechka, a su vez, miraba a Jacobo. Luego de estar así, frente a frente, cerca de un minuto, como dos carneros a punto de toparse, se fueron, silenciosos, en direcciones diferentes.

El mar estaba en calma y lo enrojecía el sol poniente.

Sobre las barracas se alzaba un ruido sordo, del que se destacaba con marcado relieve una voz de mujer borracha que gritaba histéricamente palabras estúpidas:

"Tagarga, matagarga,
mi pequeña Matańa,
has bebido demasiado
y has recibido palos..."

Y aquellas palabras, feas como tarántulas, resonaban en la costa, oliente a sal y a pescado podrido y profanaban la suave música de las olas.

* * *

Al delicado fulgor de la aurora, el mar dormía, todo en calma, lleno de reflejos nacarinos. Pescadores a medio despertar aún iban y venían por la lengua de tierra, embarcando los aparejos.

Trabajaban aprisa y en silencio. Las redes grises se arrastraban por la arena y trepaban al barco, en cuyo fondo se plegaban.

Serechka, descubierta, según costumbre, la cabeza, y medio desnudo, acuciaba a los pescadores con su bronca voz, de pie en la popa, y el viento agitaba los jirones de su camisa y sus cabellos rojos.

—¡Vasily! ¿Dónde están los remos verdes?—se oía gritar.

Vasily, sombrío como un día de octubre, plegaba la red en la barca. Serechka miraba su espalda encorvada y se lamía los labios, lo que indicaba su necesidad de beber *vodka*.

—¿Tienes *vodka?*—preguntó.

—¡Sí!—respondió con voz sorda Vasily.

—Entonces no me voy... Me quedo aquí, junto al cabo de red.

—¡Ya está todo!—gritaron.

—¡En marcha, pues!—mandó Serechka bajando de la barca—. Id sin mí... Yo me quedo. Pro-

curad no hundir la red... Sobre todo echadla bien al agua y que no se desgarre.

La barca se deslizó en el agua, los pescadores saltaron a bordo, y cogiendo cada uno sus remos, los levantaron en el aire, prontos a hundirlos en el agua.

—¡Una!

Los remos cayeron todos a la vez; la barca avanzó rápida por la ancha y brillante superficie del mar.

—¡Dos!—mandó el timonel.

Y los remos volvieron a alzarse, como las patas de una tortuga gigantesca.

—¡Una, dos!...

En la costa, junto al cabo de red, habían quedado cinco hombres: Serechka, Vasily y tres más. Uno de ellos, tendiéndose en la arena, dijo:

—¡Se podrá dormir aún un poco!

Los otros dos siguieron su ejemplo, y, a poco, tres hombres vestidos de sucios harapos dormían tendidos en la arena, sobre la que parecían informes envoltorios.

—¿Por qué no viniste el domingo?—preguntó Vasily a Serechka, dirigiéndose con él a su cabaña.

—No pude.

—¿Estabas borracho?

—No. Estuve vigilando a tu hijo y a su madrastra—dijo traquilamente Serechka.

—¡Vaya una preocupación!—comentó, riendo, Vasily—. No son niños.

—Son algo peor que eso: uno es un bestia, y la otra, una loca.

—¿Está loca Malva?—preguntó Vasí y con un brillo siniestro en los ojos.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Lo ha estado siempre. Su alma no corresponde a su cuerpo. ¿Comprendes esto, hermano Vasia?

—Lo comprendo: tiene un alma vil.

Serechka le miró de reojo y alzó una exclamación de desprecio.

—¡Vil! No comprendéis nada de la vida, destripaterrones estúpidos. En una mujer no buscáis más que una cosa: buenos pechos... Su carácter os tiene sin cuidado. Y, sin embargo, el carácter es el color del ser humano... Una mujer sin carácter es como el pan sin sal o como una "balalaika" sin cuerdas. Un instrumento semejante mal puede recrearnos. ¿Comprendes, imbécil?

—¡Bien se ve que ayer empinaste el codo de firme!—dijo Vasily—. ¡Dices unas cosas!

Ardía en deseos de preguntarle dónde y cómo había visto el día anterior a Jacobo y a Malva; pero no se atrevía.

Una vez en la cabaña, le escanció un gran vaso de *vodka*, esperando que con aquella libación se emborracharía y se lo contaría todo, sin necesidad de preguntas.

Pero Serechka vació el vaso, lanzó un suspiro

de satisfacción, y, radiante, se sentó a la puerta de la cabaña, desperezándose y bostezando.

—¡Ese *vodka* parece fuego!—dijo.

—¡Y cómo lo bebes!—exclamó Vasily, pasmado de la rapidez con que se había echado al cuerpo el gran vaso.

—¡Sí, sé beber!—se envaneció el otro sacudiendo la cabeza roja.

Luego, secándose con la mano el bigote, empezó a hablar, con tono doctoral:

—¡Sé beber, muchacho! Lo hago todo aprisa y sin rodeos. Tomo siempre el camino recto, sin que me preocupe adónde puede conducirme. Yo sólo sé que no abandonaré la tierra: de eso no cabe duda.

—¿No querías marcharte al Cáucaso?—preguntó Vasily, desviando suavemente la charla hacia donde quería.

—Me iré cuando quiera. Cuando me lo proponga, una, dos... ¡y en marcha! O hago lo que quiero, o me rompo la cabeza. ¡Es muy sencillo!

—¡Y tan sencillo! ¡Para la falta que te hace la cabeza a ti!

Serechka miró a Vasily irónicamente.

—Tú, en cambio, eres muy listo, ¿verdad? ¿Cuántas veces te han azotado en la aldea?

Vasily no contestó.

A lo que presumo, bastante. Tenías el talento en las posaderas, y era menester azotarte para encaramártelo a la cabeza. ¿Pero de qué te sirve la cabeza? ¿De qué te sirve el talento? ¡De nada!

Yo, en cambio, sin necesidad de cabeza, voy siempre camino adelante y me burlo de todo. No te quepa duda de que así adelantaré más que tú.

—¡Claro!—rió quedamente Vasily—. Adelantarás mucho y podrás llegar a la Siberia.

—¡Qué miedo!

Y Serechka se echó a reír.

No se emborrachaba, contra lo que esperaba Vasily. El guarda se daba a todos los demonios. No le hacía ninguna gracia tener que ofrecerle otro vaso de *vodka*, pero estaba seguro de que si no se emborrachaba no soltaría prenda.

Sin embargo, el mismo Serechka acudió en su ayuda.

—¿Por qué no me preguntas nada acerca de Malva?

—¡Me tiene sin cuidado!—dijo con tono indiferente Vasily, que se estremeció, presintiendo una mala noticia.

—Como no vino el domingo... Pregúntame cómo ha pasado estos días. ¿Estás celoso quizá, vejestorio?

—¡No me hagas reír! ¡Hay muchas como ella!—dijo Vasily desdeñoso.

—¿Que hay muchas como ella? ¡Dios mío, qué animales sois los campesinos! Sois de lo más romo...

—¿Por qué defiendes tanto a Malva? ¿Acaso has venido a pedírmela en matrimonio? Se casó conmigo... hace mucho tiempo...

Serechka miró a Vasily atentamente, permane-

ció un instante en silencio y, apoyando la mano en su hombro, empezó a hablarle con gravedad.

—Ya lo sé. Ya sé que está contigo. Os he dejado, no he querido meterme en nada. ¿Para qué? Pero, ahora, Jacobito, tu hijo, la persigue con sus galanteos. Dale una buena tunda, si no quieres que se la dé yo. Aunque tonto, no eres mal sujeto. Ten en cuenta que os he dejado a ti y a Malva...

—Ahora caigo: ¿tú también persigues a Malva?—dijo con voz sorda Vasily.

—Si hubiese esperado algo de ella, os hubiera apartado a los dos de mi camino, y asunto concluído. Pero ella no me hace caso.

—¿Entonces, por qué te entrometes en este asunto?—preguntó Vasily lleno de sospechas.

Serechka pareció asombrarse de aquella sencilla pregunta. Miró a Vasily con ojos muy abiertos y se echó a reír.

—¿Por qué? Vaya usted a saber... Es una mujer diferente de las demás... que tiene algo especial... Me gusta... O, tal vez, me da lástima...

Vasily, aunque le miraba con desconfianza, se resistía a creer que Serechka no hablase y riese sinceramente y tuviera algún propósito oculto respecto a Malva. Pero, a pesar de todo, le dijo:

—Si fuera una muchacha pura, inocente, se le podría tener lástima; pero, no siéndolo, me parece una tontería.

Serechka guardaba silencio y miraba la barca, que, a lo lejos, describiendo un gran arco en el

mar, volvía la proa hacia la costa. Su rostro encarnado era todo franqueza, bondad, sencillez.

Vasily, contemplándole, no pudo menos de sentirse él mismo más benigno.

—Tienes razón—dijo—. Es una buena mujer... Solamente un poco ligera... ¡En cuanto a Jacobo, ya le enseñaré yo a ese granuja!

—¡No me choca!—declaró Serechka.

—¿Y galantea a Malva?—preguntó Vasily apretando los dientes.

—¿Que si la galantea? ¡Ya verás cómo se mete entre los dos como una cuña!

—¡Vamos, hombre! ¡Eso será si yo le dejo!

En la lejanía del mar brillaba el fulgor color rosa del alba. El Sol empezaba a emerger del agua dorada. A través del ruido de las olas llegó de la barca un grito apagado:

—¡A la red!

Serechka se levantó presuroso y ordenó:

—¡Arriba, hijos míos! ¡Eh, a la red!

Momentos después empezaron los cinco a sacar del agua el extremo de la red. Una larga cuerda tensa salía poco a poco, y los pescadores se apresuraban a tirar de ella.

El otro extremo estaba en la barca, que surcaba las olas en dirección a la costa. El mástil cortaba el aire al balancearse.

El Sol, resplandeciente y magnífico, se alzaba sobre el mar.

—Si ves a Jacobo, le dices que venga mañana por aquí—le encargó Vasily a Serechka.

—Bueno.

La barca llegó a la lengua de tierra. Los pescadores saltaron a la arena y empezaron a tirar de su cabo de red. Ambos grupos de hombres se iban acercando, y los gruesos corchos atados a la red formaban un semicírculo perfecto.

Aquella tarde, anocheciendo, cuando los obreros habían ya comido, Malva, cansada y pensativa, sentada en un bote viejo y volcado, miraba al mar, cubierto de sombras. A lo lejos brillaba una llama que sabía ella que era el fuego encendido por Vasily. Aislada, como perdida en el mar obscuro, aquella luz, ya brillaba resplandeciente, ya parecía agonizar. La vista de aquel punto rojo, en la soledad del desierto, temblando débilmente entre el ruido continuo e incomprensible de las olas, entristecía a Malva.

—¿Qué haces aquí?—le oyó de pronto preguntar, detrás de ella, a Serechka.

—¿A ti qué te importa?—contestó secamente, sin mirarle siquiera.

—Te lo pregunto por pura curiosidad.

El pescador la contempló un instante en silencio, encendió un cigarrillo y se sentó a horcajadas en el bote volcado. Viendo que ella no tenía gana de hablar, le dijo con tono amistoso:

—Tienes mucha gracia: tan pronto huyes de todo el mundo como te cuelgas al cuello de todo el mundo.

—Al tuyo me parece que no—dijo Malva con indiferencia.

—Al mío, no; pero sí al de Jacobo.

—Estás celoso, ¿eh?

—¿Quieres que hablemos francamente?—propuso Serechka, dando un golpecito en el hombro de Malva.

—¡Habla!—dijo ella.

Tenía la cabeza vuelta, y Serechka no veía su rostro.

—Di, ¿has dejado a Vasily?

—No sé—respondió Malva tras un corto silencio—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada..., por pasar el rato.

—Estoy enfadada con él.

—¿Por qué?

—Porque me ha pegado.

—¿De veras? ¿Ese palurdo? ¿Y tú se lo has permitido?

Serechka estaba asombradísimo. Miraba a Malva de reojo, chasqueando de un modo irónico la lengua.

—Si yo hubiese querido, habría sabido impedírselo—dijo ella con cólera.

—¿Entonces?

—No quise.

—¡Cuánto quieres a ese viejo canalla!—dijo burlonamente Serechka, envolviendo a Malva en el humo de su cigarrillo—. Mira lo que son las cosas. Yo que creía que tú no eras de esas...

—Yo no os quiero a ninguno—repuso ella, de nuevo indiferente, apartándose de la cara el humo con la mano.

—¡Mentira!

—No tengo por qué mentir.

El acento con que la mujer pronunció estas palabras le hizo comprender a Serechka que, verdaderamente, no tenía por qué mentir.

—Si no le quieres, ¿cómo puedes permitir que te pegue?—preguntó Serechka con voz grave.

—¿Yo qué sé? ¡Déjame en paz!

—Tiene gracia—comentó Serechka, sacudiendo la cabeza.

Ambos permanecieron largo rato en silencio.

Las tinieblas se adensaban. Las nubes viajeras y lentas proyectaban sus sombras sobre el mar. Las olas cantaban.

En la lengua de tierra se había apagado la hoguera de Vasily; pero Malva seguía mirando en aquella dirección; Serechka la miraba a ella obstinadamente.

—Oye—dijo—, ¿tú sabes lo que quieres?

—¡Si lo supiera!—contestó Malva con voz queda y lanzando un suspiro.

—¿No lo sabes, pues? ¡No lo comprendo!—declaró él con convicción—. Yo sé siempre lo que quiero.

Y añadió con una ligera tristeza:

—Lo que me pasa es que casi nunca quiero nada.

—Yo, en cambio, siempre quiero algo—dijo Malva meditabunda—; pero no sé qué. A veces quisiera irme en un bote, mar adentro, muy lejos, muy lejos, y no volver nunca a ver hombres.

Otras veces, por el contrario, quisiera hacer girar en torno mío a todos los hombres, como trompos, y mirarlos riendo. Tan pronto tengo lástima de todo el mundo, y principalmente de mí, como les pegaría a todos y después me daría muerte... Una muerte terrible. Tan pronto me aburro, como estoy loca de contenta. Y los hombres que una conoce parecen de madera...

—Sí, todos están podridos—asintió suavemente Serechka—. A quien yo no comprendo es a ti; no eres ni gato, ni pez, ni pájaro, y, sin embargo, hay algo en ti de todo eso... No te pareces a las demás mujeres...

—Eso ya es algo—dijo ella riendo.

Sobre las colinas de arena, a la izquierda, apareció la Luna, iluminando sus rostros y el mar con su luz plateada. Grande y dulce, navegaba lentamente por la bóveda azul del cielo, y su resplandor encantado eclipsaba o hacía palidecer el resplandor de las estrellas.

Malva se sonrió.

—Algunas veces, ¿sabes?, pienso... que si se prendiera fuego a las barracas por la noche... se armaría un escándalo...

—¡Eres tremenda!—exclamó Serechka con entusiasmo.

Y dándole un golpecito en el hombro, añadió:

—Oye..., voy a proponerte un truco muy divertido. Lo jugaremos juntos, ¿quieres?

—Di—contestó ella interesada.

—A ese Jacobito le tienes medio loco...

—Está frenético—dijo Malva riendo.

—Sí, ¡eh!, pues ponle frente a frente con su padre... ¡Tendrá mucha gracia! Reñirán como unos osos... Calienta un poco al viejo... y al joven también. Luego los lanzaremos a uno contra otro... ¿Qué te parece la idea?

Malva volvió hacia el pescador la cabeza y miró fijamente su rostro, cubierto de pecas, que en aquel instante sonreía, y parecía, iluminado por la luna, menos pecoso que a la luz del Sol. No se pintaba en él la cólera, y su sonrisa era benigna y algo picaresca.

—¿Por qué no los quieres?—preguntó ella recelosa.

—¿Yo? Vasily no es mala persona; pero ese Jacobo es un granuja. Los *mujiks*, por lo general, me son antipáticos. Todos son unos sinvergüenzas. Siempre están doliéndose de su desamparo, y se les da pan, se les da de todo... Los Consejos Generales hacen cuanto pueden por ellos. Tienen tierra, ganado... Los conocí a fondo cuando fuí cochero de un médico de aldea... Luego, vagabundeando a través de la tierra, si llegaba a una aldea y pedía pan, me detenían a veces y empezaban a preguntarme: "¿Quién eres? ¿Qué oficio tienes? ¿A ver tu pasaporte?" Con frecuencia me sacudían el polvo, ya porque me tomaban por ladrón de caballerías, ya sin ninguna razón visible... Muchas veces he estado preso en sus puestos de policía... Siempre están quejándose, haciéndose los pobres; pero pueden vivir, por-

que tienen la tierra, a la que se agarran como lapas, mientras que yo... no tengo nada.

—¿Acaso tú no eres también *mujik*?—preguntó Malva, que le había escuchado atentamente.

—¡No, yo no soy del campo!—declaró con cierto orgullo Serechka—. Soy de la ciudad de Uglich.

—Y yo soy de Pavlich—dijo ella pensativa.

—No tengo nadie que me ampare, mientras que los campesinos... tienen bastantes protectores. El zemstvo, por ejemplo.

—¿Y qué es el zemstvo?

—¡Yo qué sé! Es para los *mujiks*... ¡un amparo, vamos! Pero dejemos eso y hablemos de lo nuestro... ¿Quieres jugarles esa mala partida?... No sucederá nada grave; lo único que harán será deslomarse uno a otro. Yo te ayudaré. Ya que Vasily te ha pegado, es justo que te vengue su hijo.

—¡Sí, no estaría mal!—sonrió Malva.

—¿Tú sabes lo que gozarás viendo a la gente deslomarse por ti? Te basta decir algunas palabras..., poner en movimiento la lengua.

Serechka le habló largamente y con énfasis del papel envidiable que le estaba reservado a ella en aquel asunto. Hablaba medio en broma, medio en serio, y estaba él mismo entusiasmado con su proyecto.

—¡Dios mío, si yo fuera una mujer guapa!—exclamó, terminando su perorata—. ¡No dejaría títere con cabeza!

Apretándose fuertemente la suya entre las manos, entornó los ojos y calló.

Cuando se separaron, la Luna estaba ya muy alta.

Sin ellos, la noche se tornó más hermosa aún. Sólo quedaron allí el mar, solemne e infinito, plateado por la Luna, y el cielo azul, lleno de estrellas. Había además colinas de arena, matorrales, sauces blancos y dos largas barcazas sucias en la playa, semejantes a enormes ataúdes mal hechos; pero todo aquello era misérrimo junto a la majestad del mar, y las estrellas mismas se diría que lo miraban con desdén.

* * *

Padre e hijo estaban sentados en la cabaña, uno frente a otro, y bebían *vodka*. Lo había llevado el hijo para no aburrirse con su padre y para que éste se alegrase. Serechka le había dicho a Jacobo que su padre estaba enfadado con él a causa de Malva, a quien decía que iba a dar una soberana paliza Serechka; además le había dicho que Malva, enterada de la iracundia de su padre, no tenía valor para ceder a sus deseos. Serechka se había burlado malamente de él.

—¡Ya te enseñará tu padre a galantear a su querida! Te va a tirar de las orejas con tal fuerza, que te las va a poner un metro de largas. Procura no toparte con él.

Las chanzas de aquel endemoniado rojo hicieron nacer en el corazón de Jacobo una hostilidad aguda contra su padre. Por otra parte, la

actitud de Malva era ambigua: tan pronto le miraba con ojos provocativos como con ojos melancólicos, y, de esta manera, se le hacía cada día más deseable. También ella le hablaba de su padre a cada momento.

Y Jacobo había ido a casa de su padre, a quien miraba como una piedra interpuesta en su camino, como una piedra que no podía dejarse atrás dando un rodeo ni dando un salto. No sintiendo el menor temor ante él, sostenía audazmente su mirada sombría y hosca, como diciéndole:

—¡Atrévete sólo a tocarme!

Habían vaciado ya dos vasos cada uno; pero no habían hablado aún sino de naderías relativas a su trabajo. Cara a cara, en mitad del mar, ocultaban la cólera en sus corazones y sabían que no tardaría en estallar como un incendio.

El viento agitaba las esteras de la cabaña, que hacían un ligero ruido; el trapo rojo de lo alto del palo se agitaba también y murmuraba no se sabe qué. Aquellos ruidos tímidos parecían un susurro lejano que preguntaba algo de un modo incoherente e indeciso. Pero las olas sonaban, como siempre, franca, impasiblemente.

—¿Serechka sigue emborrachándose?—preguntó con sombrío acento Vasily.

—Sí, todas las noches se acuesta borracho—respondió el hijo, escanciando más *vodka*.

—Acabará mal... Ahí tienes, la vida libre, el no tener miedo de nada... A ti te pasará lo mismo.

Jacobo respondió lacónico:

—¡No me pasará lo mismo!

—¿Que no?—dijo el padre frunciendo las cejas—. No hablo a tontas y a locas. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? Tres meses ya... Lo que debías hacer es volverte a la aldea, y no has ahorrado casi nada para llevarte algún dinero.

Se bebió de un trago, con cólera, el *vodka* que su hijo le había escanciado, y, asiéndose la barba, se tiró de ella con tal fuerza, que su cabeza se inclinó violentamente sobre su pecho.

—¡En tan poco tiempo no se puede ahorrar gran cosa!—respondió no sin razón Jacobo.

—Pues, entonces, ¿para qué pierdes aquí el tiempo? ¡Vuélvete a casa!

Jacobo se sonrió y no dijo nada.

—¡No hagas muecas!—gritó amenazadoramente Vasily, irritado por la tranquilidad de su hijo. —¡No debes reírte cuando tu padre te habla! Ten cuidado, que aún eres una criatura para permitirte esas cosas. ¿No ves que puedo atarte corto?

Jacobo se escanció *vodka* y vació el vaso. Aquellas palabras brutales le ofendían; pero se dominaba, no queriendo poner a su padre furioso. Sentía un ligero temor ante su mirada iracunda y severa.

Vasily, al ver que su hijo había bebido solo, sin servirle a él *vodka*, se enfureció más, aunque se calmó en apariencia.

—Tu padre te manda que vuelvas a casa, y tú te ríes y haces muecas! Yo te enseñaré a obe-

decer. Pide el sábado que te arreglen la cuenta, y en seguida, a casa. ¿Oyes?

—No me iré—dijo con voz firme Jacobo, todo tembloroso y sacudiendo con obstinación la cabeza.

—¿Cómo?—aulló Vasily.

Apoyando ambas manos en el tonel se levantó:

—Me lo dices a mí, ¿comprendes? Te atreves a revolverte, como un perro, contra tu padre. No olvides que puedo hacer contigo lo que me parezca. ¿Quizás lo has olvidado?

Sus labios temblaban, su rostro estaba desencajado, las venas de sus sienes parecía que iban a estallar..

—Yo no he olvidado nada—dijo con voz ahogada Jacobo, sin mirar a su padre—. ¿Lo tienes tú todo presente?

—¿Quién eres tú para meterte en lo que yo hago? ¡Te voy a romper las muelas!

Levantó la mano sobre la cabeza de su hijo, que se apartó, y, sintiendo una furia salvaje agitar todo su ser, dijo, con los dientes apretados:

—No me toques... No estamos en la aldea.

—¡Calla! En todas partes soy tu padre!

—Aquí no podrás hacer que me azoten en la Alcaldía rural... (1) ¡Aquí no hay Alcaldía!—dijo Jacobo, dirigiéndole a su padre una mirada sarcástica.

Se levantó lentamente a su vez.

---

(1) Puesto de policía.

Quedaron en pie uno frente a otro. Vasily, con los ojos inyectados en sangre, el cuello alargado hacia delante, apretados los puños, miraba a su hijo, a cuyo rostro llegaban el calor y el olor a *vodka* de su aliento.

Jacobo, con la cabeza echada un poco atrás, vigilaba atenta y sombríamente los movimientos de su padre, dispuesto a parar los golpes, y aunque tranquilo en apariencia, todo cubierto de sudor. Entre ambos se encontraba el tonel que los servía de mesa.

—¿Crees que no podré azotarte?—preguntó con voz ronca Vasily, encorvándose como un gato que se dispone a dar un salto.

—Aquí todos son iguales. Tú eres obrero, y yo también.

—¿De veras?

—¡Vaya! ¿Qué me quieres? ¿Crees que no se me alcanza?... Ante todo debías tú...

Vasily lanzó un aullido, y dió un puñetazo tan rápido, que Jacobo no tuvo tiempo de apartarse. El puño de su padre cayó sobre su cabeza. Se tambaleó y enseñó los dientes, sin quitar los ojos del rostro bestial de Vasily, que alzaba la mano por segunda vez.

—¡Ten cuidado!—advirtió, apretando los puños.

—¿Cómo? ¿Te atreves a amenazarme?

—Ten cuidado, te digo.

—¡Cómo! ¿Amenazas con los puños a tu padre... a tu padre... a tu padre?...

La cabaña era demasiado estrecha. Los pies de

ambos tropezaban en los sacos, en el tonel, en un pedazo de madera que había en el suelo.

Parando con los puños los golpes de su padre, Jacobo, pálido, sudoroso, los dientes apretados, la mirada brillante como la de un lobo, retrocedía poco a poco hacia la puerta.

El otro le atacaba, agitando en el aire locamente las manos, ciego de cólera, los cabellos en desorden, erizado todo él como un jabalí furioso.

—¡Déjame! ¡Déjame! ¡Te digo que basta!—decía Jacobo con tono tranquilo y amenazador al mismo tiempo, saliendo de la cabaña.

El padre seguía aullando y atacando; pero sus puños tropezaban con los de su hijo.

—¡Cómo te acaloras!—le excitaba Jacobo, sintiéndose más hábil y no teniéndole ya miedo.

—¡Espera, espera! ¡Yo te enseñaré!...

Pero Jacobo saltó hacia un lado y echó a correr en dirección al mar.

Vasily corrió tras él con la cabeza baja y las manos extendidas, no tardando en dar un tropezón y caer boca abajo. Se levantó al punto, y se arrodilló, apoyando las manos en la arena. La lucha había agotado por completo sus fuerzas. Lanzó un aullido de dolor, de ofensa no vengada y de conciencia de su debilidad.

—¡Maldito seas!—gritó, alargando el cuello hacia Jacobo y escupiendo la espuma de rabia que cubría sus labios temblorosos.

Jacobo, apoyado en el bote, vigilaba atento a su padre, rascándose la cabeza dolorida. Una manga

de la camisa se le había desprendido y colgaba de un hilo; el cuello, desgarrado, dejaba al descubierto el blanco pecho, sudoroso, que brillaba al sol como si estuviera engrasado.

Su padre le inspiraba un sentimiento de desprecio: él le suponía más fuerte, y al verle arrodillado en la arena, erizado y lastimoso, amenazándole con el puño, se sonreía con la sonrisa condescendiente y ofensiva de un hombre vigoroso ante un adversario débil.

—¡Mal rayo te parta! ¡Te maldigo para siempre!

Vasily gritó su maldición con voz tan sonora, que Jacobo, sin darse cuenta, miró hacia las barracas apenas visibles en la orilla opuesta, como si temiese que se oyera el doloroso grito de impotencia.

Pero allí sólo se veían las olas y el Sol. Jacobo escupió y dijo:

—Grita lo que quieras: el daño será para ti... Pero ya que has movido todo este jaleo, oye lo que voy a decirte... para acabar de una vez.

—¡Cállate! ¡Vete! ¡Que no te vea más!—gritó Vasily.

—No volveré a la aldea... Pasaré aquí el invierno—decía Jacobo sin hacer caso de los gritos de su padre, aunque no dejando de vigilar sus movimientos—. Estoy aquí mejor... No soy un imbécil para no comprenderlo...; aquí la vida es más fácil... Es uno más libre... En la aldea harías conmigo lo que quisieras; pero aquí...

Con un movimiento brusco, le enseñó la lengua a su padre y se echó a reír.

Vasily, redoblada su furia, se levantó de un salto y, cogiendo una rama, se lanzó hacia su hijo, gritando con voz alterada:

—¿Tratas así a tu padre?... ¿A tu padre?... ¡Espera, canalla! ¡Te voy a matar!

Pero cuando llegó, ciego de cólera, al bote, Jacobo estaba ya lejos. Corría a todo correr, y su manga arrancada se agitaba tras él en el aire.

Vasily lanzó en su dirección la rama, no logrando alcanzarle. Agotado, sin fuerzas, cayó boca abajo en el bote y empezó a arañar la madera, clavados los ojos en su hijo.

El cual, desde lejos, le gritó:

—¡Debías tener vergüenza! ¡Tienes ya canas, y te pones de esa manera por una mujer! Lo que es a la aldea yo no vuelvo, ¿entiendes?, no vuelvo. Vuelve tú si quieres, tanto más cuanto que ya no tienes nada que hacer aquí.

—¡Cállate!—aulló, ahogando los gritos de su hijo, Vasily—. ¡Voy a matarte! ¡Vete! ¡Vete!

Jacobo se alejaba ya riendo.

Vasily le seguía con una mirada fiera y loca. Poco a poco, Jacobo se tornaba más corto, como si sus piernas se hundiesen en la arena... Luego, pareció hundirse hasta la cintura; después, hasta los hombros; por último, pareció hundirse también su cabeza. Pero, a poco, algo más allá del lugar donde había desaparecido, fueron reapareciendo su cabeza, sus hombros y, al cabo, el resto de su

cuerpo. Se había tornado más pequeño. Se volvió, miró y gritó no se sabe qué.

—¡Maldito seas! ¡Maldito seas! ¡Maldito!—respondió Vasily.

El otro hizo un gesto de desprecio, echó a andar otra vez y desapareció de nuevo tras una colina.

Vasily siguió mirando en aquella dirección hasta que sintió dolor en la espalda, que habiéndose sentado en la arena, donde descansaban sus manos, apoyaba en el bote. Quebrantadísimo, se levantó; el dolor que sentía en los huesos le hizo tambalearse. El cinturón se le había subido hasta cerca de los sobacos; lo desabrochó con sus dedos rígidos, lo miró un momento y lo tiró a la arena; luego se dirigió a la cabaña. Parándose ante un hoyo que encontró a su paso, se acordó de que en aquel sitio se había caído, y pensó que, de no caerse, quizá hubiera podido coger a su hijo. En la cabaña todo estaba patas arriba. Vasily buscó con los ojos la botella de *vodka*, encontrándola entre los sacos, y la recogió. Estaba bien tapada, y el *vodka* no se había vertido. El guarda, lentamente, la destapó, se la llevó a la boca e intentó beber; pero el cuello de la botella temblaba entre sus dientes, y el *vodka* corría por su barba y su pecho.

Tenía la cabeza pesada, el corazón oprimido y dolorida la espalda.

—¡Me voy haciendo viejo!—dijo en alta voz, sentándose en la arena a la entrada de la cabaña.

Ante él se extendía el mar, inmenso, lleno de

fuerza y de belleza... Las olas reían, sonoras y alegres, como siempre. Vasily contempló largo rato el agua y se acordó de las palabras ávidas de su hijo.

"¡Si todo eso fuera tierra! ¡Y tierra fértil! ¡Y si se pudiera labrar todo!"

Sintió una angustia devoradora. Se frotó fuertemente el pecho, miró alrededor y exhaló un suspiro profundo. Su cabeza se inclinó hacia delante y se encorvó su espalda, como bajo el peso de una grave carga. Tenía un nudo en la garganta, que le ahogaba. Tosió y se persignó, alzando los ojos al cielo. Le asaltaron pensamientos tristes.

Dios le había castigado con la rebelión de su hijo, por haber abandonado, arrastrado por una muchacha, a su mujer, con la que había vivido en trabajo común más de quince años. Sí, Dios le castigaba y él lo merecía.

Su hijo le había infligido una grave injuria, le había herido cruelmente en el corazón y él deseaba matarlo. ¿Y todo, por qué? ¿Por una mujer que llevaba una vida vergonzosa! Había sido un gran pecado amigarse con ella, olvidando a su mujer y a su hijo, y Dios, en su santa cólera, se lo recordaba, se valía de su hijo para aplicarle un justo castigo. Sí, Dios le castigaba.

Vasily, sentado, encorvado, se persignaba y guiñaba los ojos, sacudiendo las lágrimas.

El Sol se hundía ya en el mar. Los fulgores rojos del atardecer se apagaban lentamente en el cielo. De la lejanía silenciosa llegaba un viento

cálido que secaba las lágrimas en el rostro de Vasily. Sumido en sus amargas reflexiones de arrepentimiento, el guarda permaneció allí hasta que, ya cerca del amanecer, le rindió el sueño.

Al día siguiente de la riña con su padre, Jacobo, con un grupo de obreros, se fué, en una barca remolcada por un vapor, a una bahía distante treinta verstas, a la pesca del esturión. Volvió cinco días después, solo, en un bote de vela: le habían enviado a buscar víveres.

Llegó hacia el mediodía, cuando los obreros, después de almorzar, descansaban. El calor era insoportable; la arena, caliente, quemaba los pies, en los que, además, punzaban las espinas y la escama de los pescados. Jacobo caminaba lentamente en dirección a las barracas, y sentía no haberse puesto las botas. No se decidía a volver a la lancha para ponérselas: tenía hambre y quería ver a Malva.

Durante los días aburridos que acababa de pasar en el mar, había pensado en ella con frecuencia. A la sazón ardía en deseos de saber si había visto a su padre y qué le había dicho éste. ¿Acaso le habría pegado? No estaría mal: así se haría más juiciosa. Era demasiado soberbia y difícil.

En torno, todo estaba tranquilo y desierto. Las ventanas de las barracas se hallaban abiertas, y las grandes cajas de madera parecía que también tenían calor. En el despacho del capataz, perdido

entre las barracas, gritaba hasta desgañitarse un niño. Detrás de unos toneles se oían unas voces.

Jacobo se dirigió hacia allí: había creído reconocer la voz de Malva. Pero cuando llegó junto a los toneles y miró tras ellos, retrocedió, y, frunciendo las cejas, se detuvo.

A la sombra de los barriles estaba tendido boca arriba, con las manos bajo la cabeza, el rojo Serechka. Junto a él estaban sentados, uno a su derecha y otro a su izquierda, el padre de Jacobo y Malva.

—¿Qué habrá venido a hacer aquí?—se dijo Jacobo, refiriéndose a su padre—. ¿Habrá quizás abandonado su puesto tranquilo y trabajará ahora aquí, para estar más cerca de Malva y para impedir en lo posible su trato conmigo? ¡Demonio de viejo! ¡Si la madre se enterase!

No sabía si acercarse o no.

—¿Conque sí?—dijo Serechka—. ¡Buen viaje, pues! Vuelve a tu aldea a arañar la tierra.

Jacobo se estremeció de alegría y comenzó a guiñar los ojos rápidamente.

—¡Me voy!—dijo su padre.

Entonces Jacobo, haciendo acopio de valor, se adelantó y dijo:

—¡Salud a la honorable compañía!

Su padre le miró un momento y volvió la cabeza. Malva parecía no acabar de reconocerle. Serechka declamó con voz grave y solemne:

—¡He aquí a nuestro amado hijo Jacobo, que vuelve de países lejanos!

Luego, con su voz ordinaria, añadió:

—Hay que desollarle como a un carnero y utilizar su piel para un tambor.

Malva dejó oír una risita.

—¡Hace calor!—dijo Jacobo, sentándose junto a ellos.

Vasily, como a pesar suyo, le miró otra vez.

—Estoy aquí esperándote toda la mañana, Jacobo. Sabía por el capataz que tenías que venir—dijo.

Jacobo creyó notar su voz más dulce que de costumbre, y su cara también le pareció distinta.

—He venido a buscar víveres—contestó.

Le pidió después a Serechka tabaco para un cigarrillo.

—¡No tengo tabaco para un imbécil como tú!—respondió Serechka, en tono de broma, sin moverse.

—¡Me vuelvo a la aldea, Jacobo!—dijo gravemente Vasily, escarbando la arena con la mano.

—¿Y eso por qué?—preguntó Jacobo a su padre, mirándole con ojos cándidos.

—¿Y tú?... ¿Te quedas aquí?

—Sí, me quedo. ¿Qué vamos a hacer los dos en casa?

—Bueno, no digo nada. Como tú quieras. Ya no eres un niño. Pero... no olvides que yo no podré trabajar mucho tiempo... He perdido la costumbre de trabajar la tierra. No debes olvidar que tienes allí a tu madre...

Se notaba que hablaba con gran esfuerzo, como

si las palabras salieran con dificultad de su boca. La mano con que se acariciaba la barba temblaba.

Malva le miraba fija. Serechka tenía un ojo entornado, y con el otro, muy abierto, miraba atentamente a Jacobo, que, aunque estaba alegrísimo, temía manifestarlo y callaba, mirándose los pies.

—No olvides a tu madre, Jacobo... Sólo te tiene a ti—decía Vasily.

—¡Bueno, bueno!—repuso Jacobo contrariado—. No la olvido.

—Tanto mejor, pues—se congratuló su padre, mirándole receloso—. Me creo en la obligación de recordártelo.

—Está bien...

Vasily exhaló un profundo suspiro.

Durante algunos largos minutos, los cuatro guardaron silencio. Luego, Malva dijo:

—No tardarán en llamar al trabajo.

—¡Bueno; me voy!—declaró Vasily levantándose.

Los otros se levantaron también.

—¡Adiós, Sergio!—dijo Vasily—. Si alguna vez viajas por mi tierra, ven a verme: vivo en la aldea Mazlo, del distrito Nicolo-Likov, en la región de Limbirsk.

—¡Bueno!—contestó Serechka.

Tomó la mano de Vasily y, reteniéndola unos instantes en su ancha zarpa cubierta de pelos rojos, miró sonriendo su rostro triste y grave.

—Todo el mundo conoce Nicolo-Likov—añadió Vasily—. Es un distrito muy importante... Y mi

aldea se encuentra a cuatro verstas de la capital.

—Bueno, bueno... Si el azar me lleva por allí algún día, iré a verte.

—¡Adiós!

—¡Adiós, muchacho!

—¡Adiós, Malva!—dijo Vasily con voz sorda, sin mirarla.

Ella se secó, sin apresurarse, los labios con la manga, y, apoyando las blancas manos en los hombros de Vasily, le besó tres veces, grave y silenciosa, en la boca y en las mejillas.

Vasily, confuso, balbuceó algo ininteligible.

Jacobo bajó la cabeza para ocultar su sonrisa. Serechka estaba tranquilo, y hasta bostezó ligeramente, mirando al cielo.

—Pasarás calor en el camino—dijo.

—No importa... ¡Bueno, hasta la vista, Jacobo!

—¡Adiós!

Estaban en pie uno frente al otro, sin saber qué hacer. La triste palabra "adiós", pronunciada tantas veces y de un modo tan monótono en aquellos últimos instantes, despertó en el alma de Jacobo un sentimiento de cariño filial; pero no sabía cómo expresarlo: ¿abrazaría a su padre, como había hecho Malva, o le estrecharía la mano, como Serechka? Vasily se sentía ofendido por la indecisión que denotaban la actitud y el rostro de su hijo; además, experimentaba algo como vergüenza ante Jacobo, provocada en él por el recuer-

do de la escena de la lengua de tierra y por los recientes besos de Malva.

—No olvides a tu madre, ¿eh?—dijo, al fin, Vasily.

—¡Bueno, bueno!—respondió, sonriendo cariñosamente, Jacobo—. No tengas cuidado... yo...

Y sacudió la cabeza.

—¡No te digo más, pues! Sed felices... ,que Dios os proteja... No guardéis mal recuerdo de mí... ¡Ah! Sergio: la marmita la he enterrado en la arena, bajo la popa de la lancha verde...

—¿Para qué quiere la marmita? — preguntó bruscamente Jacobo.

—Ha sido designado para remeplazarme... allí, en la lengua de tierra—explicó Vasily.

Jacobo dirigió una mirada celosa a Serechka y a Malva, y bajó la cabeza para ocultar la alegría que brillaba en sus ojos.

—Adiós, hermanos... me voy...

Vasily saludó y echó a andar. Malva le siguió.

—Te acompañaré un poco.

Serechka se acostó en la arena y cogió de una pierna a Jacobo, que manifestó la intención de seguir a Malva.

—¡Alto! ¿Adónde vas?

—¡Déjame!—protestó, haciendo esfuerzos para soltarse, Jacobo.

Pero Serechka le cogió también de la otra pierna.

—Quédate un poco conmigo.

—Déjame, ¡basta de tonterías!

—No son tonterías. ¡Siéntate!

Jacobo se sentó, apretando los dientes de rabia.

—¿Qué hay?

—Un poco de paciencia. Calla y déjame reflexionar: después te lo diré.

Ante la mirada amenazadora de sus ojos insolentes, Jacobo acabó por someterse.

Malva y Vasily caminaron algún tiempo en silencio. Ella miraba de reojo la faz del padre de Jacobo, y sus pupilas brillaban de un modo extraño. La expresión de Vasily era sombría. Como sus pies se hundían en la arena, ambos avanzaban lentamente.

—¡Vasia!

—¿Qué?

Vasily miró a Malva; pero volvió al punto la cabeza.

—La riña que he provocado entre ti y Jacobo ha sido intencionada. Podríais vivir aquí tranquilamente sin reñir.

La voz de Malva era serena y monótona; en sus palabras no había ni sombra de arrepentimiento.

—¿Por qué has hecho eso?—preguntó Vasily tras un corto silencio.

—No lo sé...

Malva se encogió de hombros y se sonrió.

—¡Está muy mal lo que has hecho!—reprochó él, con voz colérica.

Ella no contestó.

—¡Vas a pervertir a mi hijo definitivamente!

¡Eres una bruja!... No tienes vergüenza ni temor de Dios... ¿Te das cuenta de lo que haces?

—¿Qué tengo que hacer?—preguntó ella.—Y había en la pregunta una mezcla de angustia y fastidio.

—¿Qué? ¡Dios mío, Dios mío!—exclamó Vasily, sintiendo en su corazón una cólera aguda contra aquella mujer.

Experimentaba un deseo ardiente de pegarla, de tirarla a sus pies y de hundirla en la arena, pateándole la cara y el pecho. Apretó los puños y miró atrás.

Junto a los toneles se veían las figuras de Jacobo y Serechka, que tenían la cara vuelta hacia ellos.

—¡Vete!... ¡Soy capaz de aplastarte!

Se detuvo y le murmuró en pleno rostro fieros juramentos. Sus ojos estaban inyectados en sangre, su barba temblaba, sus manos se tendían instintivamente hacia los cabellos de Malva, que se derramaban por encima de su pañoleta.

Ella le miraba tranquila con sus ojos verdes.

—¡Debía matarte, cochina ramera! Acabarás mal... Te romperán un día la cabeza.

Ella sonrió de nuevo, guardó silencio un instante y dijo, al cabo, dejando escapar un profundo suspiro:

—Basta... ¡Adiós!

Y volviéndose bruscamente, retrocedió. La acompañaron los aullidos de Vasily, que apretaba los dientes.

Malva se alejaba, procurando poner la planta en las huellas profundas que habían dejado en la arena las botas de Vasily; y cada huella que pisaba la borraba cuidadosamente con el pie. De esta manera fué acercándose, con lentitud, a los toneles.

Serechka le preguntó:

—¡Qué! ¿Le has acompañado?

Ella dijo "sí" con la cabeza y se sentó junto a él. Jacobo la miraba y la sonreía cariñoso, moviendo los labios, como si hablase algo que nadie, salvo él mismo, pudiera oír.

—¿Su marcha te ha puesto triste?—siguió preguntando Serechka.

A esta pregunta, ella le contestó con otra.

—¿Cuándo te vas a la lengua de tierra?

Y señaló con la cabeza el mar.

—Esta tarde.

—Me voy contigo.

—¿De veras? ¡Muy bien! ¡Encantado!

—¡Yo también me voy!—declaró decididamente Jacobo.

—¿Y quién te llama a ti?—preguntó Serechka, guiñando un ojo.

En aquel momento se oyó el repiqueteo de la vieja campana llamando al trabajo. Las campanadas volaban una tras otra y morían entre el ruido alegre de las olas.

—¡Esta me llamará!—dijo Jacobo, mirando provocativo a Malva.

—¿Yo? ¿Para qué te necesito a ti?—se asombró ella.

—¡Oye, Jacobo, hablemos francamente!—dijo con dureza Serechka, poniéndose en pie—. Si sigues persiguiéndola con tus galanteos, te romperé las muelas. Y si te atreves a tocarle el pelo de la ropa, te mataré como a una mosca. Un buen golpe en la cabeza, y abandonarás este mundo. ¡Yo tomo siempre el camino recto!

Su rostro, su figura, sus manos musculosas, que se tendían hacia la garganta de Jacobo, sugerían la idea de que para él matar a un hombre era una cosa muy sencilla.

Jacobo retrocedió un paso y balbuceó con voz ahogada:

—Yo... como ella misma...

—¡Cállate y se acabó! ¿Quién eres tú? ¡Esta tajada es demasiado buena para ti, chucho! Si se te tira un hueso para que lo roas, ya te puedes dar por contento. ¿Has entendido? ¡Y no sigas mirándome así!

Jacobo volvió los ojos a Malva. Ella sostuvo su mirada, llena de una ironía ofensiva, humillante sus pupilas verdes, y se apretó contra Serechka con tanto cariño, que Jacobo se cubrió de sudor.

Malva y Serechka se marcharon, uno junto a otro. Cuando estaban ya a cierta distancia, ambos se echaron a reír sonoramente. Jacobo hundió el pie derecho en la arena y permaneció un rato como paralizado, la faz roja de cólera, la respiración cortada por la ira. A lo lejos, entre las amarillas e inmóviles olas de arena, distinguía una figurilla humana, a cuya derecha brillaba,

bajo el sol, el mar alegre y poderoso, y a cuya izquierda se extendían hasta el horizonte las arenas monótonas, tristes, desiertas. Jacobo contemplaba la figurilla aislada que se veía a lo lejos, y sus ojos, en los que se pintaban la rabia y el asombro, parecían a punto de llorar. Se frotó fuertemente el pecho con ambas manos.

En las barracas el trabajo estaba en su apogeo.

Jacobo oyó la voz melodiosa de Malva, que gritaba con todas sus fuerzas:

—¿Quién ha cogido mi cuchillo?

Las olas sonaban alegres, el sol brillaba, el mar reía...

UN INCIDENTE

UN INCIDENTE

Eramos tres compinches: Semka Kargusa, yo y Michka, un gigante barbudo, de grandes ojos azules, siempre sonrientes y siempre hinchados por la borrachera. Teníamos nuestra residencia en el campo, fuera de la ciudad, en una vieja casa medio derruída, que se llamaba, no sé por qué, "la fábrica de vidrio": acaso porque no había ni uno entero en las ventanas. Nos encargábamos de los trabajos más diversos, sin desdeñar ninguno: limpiábamos *les cours*, cavábamos fosos, cuevas y pozos negros, demolíamos casas viejas y tapias, y hasta una vez intentamos construir un gallinero. Pero no pudimos construirlo: Semka, que era un hombre de una rigurosa honradez en lo tocante a sus deberes, experimentó dudas respecto a nuestros conocimientos de la arquitectura gallineril, y un día, cuando estábamos durmiendo la siesta, se llevó a la taberna los clavos que nos habían dado, dos planchas nuevas y un hacha. Como es natural, nos echaron, si bien no se nos reclamó nada en concepto de indemnización, porque nada teníamos.

Vivíamos en la miseria, y los tres nos hallába-

mos descontentos de nuestro destino, lo que era muy lógico en nuestra situación.

A veces, nuestro descontento tomaba una forma muy aguda, se convertía en hostilidad hacia todo lo que nos rodeaba, y nos empujaba a hazañas nada lícitas, previstas en el Código penal. Pero, por lo común, éramos unos hombres melancólicos y sombríos, que sólo nos preocupábamos de ganar algo, y que no poníamos gran interés en nada que no nos prometiese un provecho inmediato.

Nos habíamos encontrado los tres en un asilo nocturno, quince días antes de ocurrir lo que, por creerlo interesante, voy a referiros.

A los dos o tres días ya éramos amigos, es decir, íbamos siempre juntos, nos confiábamos mutuamente nuestros deseos y propósitos, partíamos entre los tres cuanto encontraba cada uno; habíamos, en fin, entablado una alianza tácita, defensiva y ofensiva, contra la vida, que nos trataba con manifiesta hostilidad.

Durante el día buscábamos, llenos de celo, la posibilidad de cavar, derribar, aserrar o transportar algo, y si teníamos la suerte de encontrarla, nos poníamos a trabajar con gran energía.

Sin embargo, a las dos horas de trabajo, la energía se nos acababa, por lo general, con motivo, quizá, de que nos creíamos destinados a funciones más elevadas que el hacer pozos negros o limpiarlos, lo que es todavía más desagradable, añadiré para ilustrar al que no conozca el

oficio. Además, Semka concebía dudas en lo concerniente a la utilidad de nuestro trabajo.

—Se cava un pozo... ¿con qué objeto? ¿Para echar las aguas sucias? ¿Y por qué no verterlas, sencillamente, en el patio? Se pretende que olerán mal... ¡Tonterías! Las aguas sucias no exhalan mal olor. Si, por ejemplo, tiras a la calle un pepino salado, ¿qué olor puede exhalar, siendo tan pequeño? Al cabo de un día se pudrirá, y a eso se reducirá todo. Si se tratara de un hombre muerto... Dejándole al sol apestaría, efectivamente, el aire por su gran tamaño...

Semejantes razonamientos debilitaban en extremo nuestro ardor para el trabajo, lo cual era muy ventajoso para nosotros cuando trabajábamos a jornal; pero no lo era tanto cuando trabajábamos por contrata: pues sucedía a veces que cobrábamos y nos gastábamos el dinero antes de terminar el trabajo. Cuando ocurría esto, le pedíamos al propietario un suplemento, y en la mayoría de los casos nos echaba y nos amenazaba con recurrir a la justicia para obligarnos a acabar la faena que nos había ya pagado. Nosotros le contestábamos que teníamos hambre y no podíamos trabajar, y, más o menos animados, insistíamos en lo del suplemento, obteniéndolo no pocas veces.

Claro que nuestro modo de conducirnos no era muy leal; pero no se puede negar que era muy ventajoso. No es nuestra la culpa si la vida está arreglada de tal modo que la lealtad de una ac-

ción se encuentra siempre en oposición con sus ventajas.

Siempre era Semka el encargado de discutir con los patronos, y desempeñaba su misión con una habilidad verdaderamente artística, exponiendo sus argumentos en el tono de un hombre agotado por el trabajo y aplastado bajo su peso.

Michka le miraba silencioso, guiñando los grandes ojos azules y sonriendo con su benévola sonrisa, como si quisiera decir algo y no se decidiese. Generalmente hablaba muy poco, y sólo en estado de embriaguez era capaz de pronunciar un discurso o cosa parecida.

—¡Hermanitos míos!—exclamaba entonces sonriendo, con los labios trémulos.

Tras este principio tosía y se llevaba la mano a la garganta.

—¡Bueno, sigue! — animábale con impaciencia Semka.

—¡Hermanitos míos! Vivimos como perros. Peor aún que los perros. ¿Y por qué? No lo sé. Hay que creer que tal es la voluntad de Dios: todo ocurre conforme a su voluntad. ¿No es eso, hermanos míos? Sin duda, habremos merecido vivir como perros, porque somos malos. ¿No es eso? Así pues, os digo: merecemos nuestra suerte. ¿Es verdad, o no? Vivimos como merecemos, y, por consiguiente, tenemos que someternos a nuestra suerte. ¿No es eso, hermanitos míos?

—¡Imbécil!—respondía, lacónico, con tono indi-

ferente, Semka, a las preguntas angustiosas de su compañero.

El otro, con aire contrito, sonreía tímidamente y se callaba, guiñando los ojos hinchados por la borrachera.

Un día tuvimos suerte.

Esperando que alguien necesitase de nuestras manos, íbamos y veníamos por el mercado, y tropezamos con una viejecita seca, de rostro arrugado y severo. Su cabeza temblaba, y sobre su nariz de buho saltaban unos grandes lentes con armadura de plata. Se los sujetaba a cada instante, y brillaban tras ellos sus ojuelos de mirar duro.

—¿Estáis libres? ¿Buscáis trabajo—nos preguntó al ver que los tres la mirábamos con ansiedad.

—¡Bueno!—dijo cuando hubo oído de boca de Semka una respuesta afirmativa y respetuosa—. Necesito derribar una barraca de baño y limpiar un pozo. ¿Cuánto queréis por eso?

—Ante todo, hay que ver, señora, si la barraca es muy grande—dijo Semka, cortés y razonablemente—. Y el pozo también hay que verlo... Hay pozos y pozos... Los hay muy hondos.

Se nos invitó a verlo todo. Una hora después, armados de hachas y palancas, empezamos a atacar rudamente las vigas de la barraca, comprometidos a derribarla y a limpiar el pozo por una suma de cinco rublos.

La barraca estaba en una esquina de un vie-

jo jardín descuidado. A alguna distancia, entre dos cerezos, había un quiosco. Desde lo alto de la barraca vimos allí a la buena vieja sentada en un banco y leyendo atenta un libro muy voluminoso, abierto sobre sus rodillas. De cuando en cuando dirigía hacia nosotros una mirada observadora y penetrante; el libro entonces se movía, y veíamos sus macizos broches, sin duda de plata, brillar al sol.

El trabajo de demolición es el que se hace con más gusto.

Trabajábamos con una energía ejemplar, envueltos en una nube de polvo seco y picante, estornudando a cada momento, tosiendo, sonándonos y frotándonos los ojos. La barraca crujía y se venía abajo, vieja y medio podrida, como su ama.

—¡Vamos, hermanos míos! ¡Un esfuerzo más! ¡Todos a la vez! ¡Una, dos! — nos mandaba Semka.

Y las vigas iban cayendo una tras otra.

—¿Qué libro será ése? ¡Es tan grueso!—dijo Michka pensativamente, apoyándose en su palanca y secándose el sudor.

Convertido como por encanto en mulato, se escupió las manos, levantó la palanca y la balanceó para hundirla en una grieta, y realizada felizmente tal operación, añadió, con el mismo tono pensativo:

—Para ser el Evangelio, es demasiado grueso.

—¿Y a ti qué te importa?—preguntó Semka.

—Hombre... Me gusta oír cuando leen... sobre

todo los libros santos... En nuestra aldea había un soldado, llamado Africano... ¡Dios mío, qué admirablemente leía los salmos! Como si tocara el tambor... ¡Era hábil, no puede negarse!

—Bueno, ¿y qué?—preguntó de nuevo Semka, liando un cigarrillo.

—Nada... da gusto... Aunque no se entienda nada, sin embargo... hay algo... En la calle no oirás palabras parecidas... Yo no entiendo nada; pero me doy cuenta de que esas palabras se dirigen al alma.

—Yo tampoco te entiendo; pero me doy cuenta de que eres un zoquete—bromeó Semka.

—¡No haces más que injuriar a la gente!—suspiró Michka.

—Con los imbéciles no se puede hablar de otro modo, pues no comprenden nada... ¡Vamos! ¡Ataquemos esta viga podrida! ¡Una, dos! El baño se derrumbaba, se iba rodeando de escombros y envolviéndose en nubes de polvo, que tornaban grises las hojas de los árboles próximos. El sol de julio quemaba sin piedad nuestros hombros y nuestras espaldas.

—El libro es de plata—volvió a empezar Nichka.

Semka levantó la cabeza y miró atentamente en dirección al quiosco.

—¡Parece que sí!—asintió lacónico.

—Entonces debe de ser el Evangelio.

—Supongamos que es el Evangelio; ¿qué tenemos con eso?

—Nada.

—De eso tengo llenos los bolsillos. Si tanto te gustan las Sagradas Escrituras, debías acercarte a esa señora y decirle: "Tenga usted la bondad, abuela, de leerme un poco... Nosotros no lo oímos nunca, porque nuestra porquería y nuestro aspecto indecoroso no nos permiten frecuentar la iglesia... Y, sin embargo, tenemos alma como los demás, y la tenemos en su sitio..." ¿A qué no vas?

—En serio, voy a ir...

—¡Anda, ve!

Michka tiró la palanca, se arregló la camisa, se extendió con la manga el polvo por la cara y saltó al suelo.

—¡Te va a echar, demonio!—gruñó Semka con una sonrisa escéptica, pero siguiendo, lleno de curiosidad, con la mirada, a su compañero, que se dirigía por entre las bardanas al quiosco. Alto, pesado, encorvada la espalda, los brazos desnudos y sucios, balanceando su corpachón y enganchándose en las zarzas, Michka avanzaba con una sonrisa confusa y dulce.

La vieja levantó los ojos al verlo acercarse, y le miró tranquilamente de alto a bajo.

Los rayos del Sol se reflejaban en los cristales y en la montura de plata de sus lentes.

No echó a Michka, a pesar de las predicciones de Semka. El ruido del follaje nos impidió oír la conversación de la propietaria con nuestro compañero; pero vimos a éste sentarse pesa-

damente en tierra, a los pies de la vieja, de manera que su nariz casi tocaba al libro abierto. La expresión de su rostro era grave y serena.

Se sopló la barba para desempolvársela, hizo otros preparativos y se quedó al fin en una postura sumisa: el cuello tendido hacia delante, los ojos fijos en las manecitas sarmentosas de la vieja, que volvían metódicamente las hojas.

—¡Calla!—dijo Semka—. ¡Mira el diablo peludo! Va a descansar un rato... ¡Vayamos nosotros también! ¿Por qué no? No me hace maldita la gracia trabajar por él mientras se divierte. ¡Vamos!

Momentos después yo y Semka estábamos cada uno sentado a un lado de nuestro compañero. La vieja no dijo nada al vernos llegar; se limitó a dirigirnos una mirada seca y atenta, y siguió hojeando el grueso libro en busca de no sabíamos qué.

Estábamos sentados en una deliciosa plazoleta de follaje fresco y aromático. Encima de nuestras cabezas se extendía la suavidad acariciante del cielo sin nubes; de cuando en cuando soplaba una ligera brisa, y la fronda empezaba a murmurar, produciendo esos dulces ruidos que enternecen el alma y despiertan en ella una placidez evocadora de algo vago e íntimo a la par, que limpia al hombre de toda impureza o le hace, al menos, olvidarla durante un rato, permitiéndole respirar leve y rítmicamente.

"Pablo, el esclavo de Jesucristo..."—leyó la vieja.

Su voz era trémula y cascada, pero llena de pía y severa gravedad. En cuanto comenzó a sonar, Michka se persignó devotamente; Semka empezó a agitarse en el suelo, tratando de tomar una postura cómoda. La vieja le miró, sin interrumpir la lectura.

"Ardo en deseos de veros para haceros un don espiritual, que fortalecerá vuestra fe, y de poner en contacto mi alma, ávida de fe, con la vuestra."

Semka, como buen pagano, bostezó; su camarada le dirigió, con sus ojos azules, una mirada de reproche, y bajó la cabeza peludísima cubierta de polvo.

La vieja, sin dejar de leer, miró severamente a Semka, que pareció turbarse; hizo un ligero ruido con la nariz, miró de reojo a la anciana y—sin duda para borrar la impresión producida por el bostezo—suspiró profunda y píamente.

Durante algunos minutos, todo fué bien. La lectura, monótona, producía un efecto calmante.

"Porque la ira de Dios se manifiesta en todas las desgracias humanas."

—¿Qué quieres?—gritó de pronto la vieja, dirigiéndose a Semka.

—¡Yo... nada! ¡Tenga usted la bondad de seguir, la escucho! —respondió Semka humildemente.

—¿Por qué tocas con tu manaza los broches?—preguntó enfadada.

—Me interesan, por ser un trabajo muy fino... Entiendo algo de eso, porque conozco un poco el oficio de cerrajero... por eso los he tocado...

—Bueno, escucha: ¿Quieres decirme qué he leído?

—Con mucho gusto... Lo he entendido muy bien.

—Entonces, habla.

—Es un sermón que... que se refiere a la fe y la impiedad... Es muy sencillo y muy justo... llega al fondo de los corazones.

La vieja meneó tristemente la cabeza y nos miró a los tres con enojo:

—Sois unos desgraciados... sin sentimientos, igual que piedras. Id a trabajar.

Y salió del bosquecillo.

—¡Se ha enfadado la vieja!—dijo sonriendo, confuso, Michka.

Semka se rascó la cabeza, bostezó, y, siguiendo con la mirada al ama, que se alejaba por la estrecha senda sin volver la cabeza, dijo pensativo:

—¡Esos broches son de plata!

Y se sonrió satisfecho, como presintiendo algo muy bueno.

Después de pasar la noche junto a los escombros del baño, que habíamos ya derribado por completo, y de emplear la mañana en la limpieza del pozo, estábamos, hacia el mediodía, mojados y cubiertos de polvo, sentados en la escalinata de la casa, esperando que nos pagasen.

Charlábamos entre nosotros, pensando en un buen almuerzo y una buena comida en un porvenir próximo; en cuanto al lejano, ninguno teníamos ganas de pensar en él.

—¿Pero no acaba de venir ese vejestorio?—se impacientaba Semka, hablando en voz baja, para que no le oyese el ama.

—¡Haces mal en hablar así de ella!—protestó Michka, meneando la cabeza—. Es una buena anciana, suave y piadosa, y tú la injurias. ¡Dios mío, qué carácter tienes!

—¡Eres tonto!—sonrió Semka—. ¡Tonto como un espantapájaros!

La agradable conversación entre los dos amigos fué interrumpida por la aparición del ama, que se acercó a nosotros, y tendiéndonos el dinero, dijo con desprecio:

—¡Ahí tenéis los cuartos, y largaos! Pensaba proponeros que aserraseis las vigas del baño e hicieseis con ellas leña para el fuego; pero no os lo merecéis.

No habiendo sido considerados dignos de aserrar las vigas—honor de que en aquel momento no teníamos necesidad—, tomamos el dinero y, sin decir palabra, nos fuimos.

—¡Vieja carroña!—juró Semka en cuanto traspusimos la verja—. "¡No os lo merecéis!" Vieja rana, ¿estás contenta ahora?

Se hundió la mano en el bolsillo, sacó de él dos brillantes objetos metálicos, y con gesto de triunfo nos los enseñó.

Michka se detuvo, alargando el cuello para ver mejor.

—¿Has arrancado los broches del libro?—preguntó asombrado.

—¡Ya lo ves!... Son de plata. Lo menos nos darán por ellos un rublo.

—¡Sí que tienes tupé! ¿Cómo has tenido tiempo de hacer eso...? Escóndelos.

—Claro que voy a esconderlos.

Seguimos nuestro camino en silencio.

—¡Qué habilidad!—se decía, pensativo, Michka—. Un verdadero golpe de audacia... Es un buen libro... La vieja, probablemente, tendrá un disgusto.

—No, hombre—se burlaba Semka—. Se alegrará mucho. Nos llamará y nos dará una buena propina.

—¿Cuánto quieres por los broches?

—Su último precio son noventa copecks. ¡Ni un copeck menos!... A mí me cuestan más caros. Ya ves, me he roto la uña...

—¡Véndemelos!—rogó tímidamente Michka.

—¿A ti? ¿Quieres quizás hacerte unos botones para tu camisa de gala? Bueno; cómpralos. Te podrás hacer unos botones muy bonitos, lo único que te falta para estar guapo.

—¡De veras, véndemelos!

Y había en la voz de Michka, al insistir, una inflexión de húmilde súplica.

—Con mucho gusto. ¿Cuánto me darás?

—¿Cuánto me corresponde de los cinco rublos?

—Un rublo y veinte copecks.

—¿Y cuánto quieres por los broches?

—Un rublo.

—Me harás una rebajita... Me pondrás un precio de amigo, ¿no?

—¡Qué imbécil eres! ¿Para qué quieres los broches?

—Eso es cosa mía... ¿Cuánto?

Al fin se hizo la venta. Michka adquirió los broches por la suma de noventa copecks.

Se detuvo y empezó a darles vueltas entre sus manos; la peluda cabeza baja, las cejas fruncidas, examinaba atentamente los dos pedacitos de plata.

—¡Cuélgatelos en las narices!—le recomendó Semka.

—¿Para qué?—replicó seriamente Michka—. No se trata de eso. Se los llevaré a la vieja. "Ahí tiene usted eso—le diré—. Lo hemos arrancado por equivocación. Colocad de nuevo estas cositas en su sitio... en el libro..." Pero las has arrancado con carne... Eso no será fácil de arreglar.

—¡Diablo! ¿Quieres en serio llevárselas a la vieja?—exclamó Semka, boquiabierto de asombro.

—Claro que sí... Porque ya ves... un libro así... debe estar intacto y no es conveniente estropearlo... Luego, la vieja... se ofenderá... Quizá se muera pronto, ¿comprendéis?... Esperadme un momento, hermanos... Vuelvo a su casa.

Y antes de que pudiéramos detenerle dobló la esquina de la calle.

—¡Vaya un idiota! ¡Qué sinvergüenza!—se indignaba Semka, al darse cuenta de la significación de aquel acto y de sus consecuencias posibles.

Y jurando de un modo horrible a cada dos palebras, me dijo:

—¡Vámonos en seguida! Va a hacernos prender... Estoy seguro de que le han atado ya codo con codo y de que el vejestorio ha avisado a la policía. ¡Vaya un puerco! Por una tontería puede hacernos ir a la cárcel. ¡Canalla! ¡Badulaque! ¿Es decente hacer eso con unos compañeros? ¡Qué gente más despreciable, Dios mío!... ¡Vámonos! ¿Qué haces ahí como un papamoscas? ¿Quieres esperarle? ¡Bueno; al diablo! ¡Espérale, si quieres! ¡Que el diablo os lleve a los dos, sinvergüenzas!... ¿No vienes conmigo?... Entonces...

Me lanzó a la cara un insulto terrible, increíblemente injurioso; me dió un empujón y se alejó con rapidez.

* * *

Quise saber lo que había pasado entre Michka y nuestra vieja patrona, y me dirigí lentamente a casa de ésta. No creía arrostrar peligro ni disgusto alguno. Y no me engañaba.

Acercándome a la casa, y atisbando por una grieta de la tapia, vi y oí lo siguiente: La vieja estaba sentada en la escalinata; tenía entre las manos los broches "arrancados con carne" de la

Biblia, y al través de sus lentes miraba con ojos severos y escrutadores a Michka, que se hallaba de pie ante ella, de manera que yo sólo veía la espalda.

A pesar del brillo severo y seco de sus ojuelos, se veía en las comisuras de los labios de la vieja una expresión dulce: era evidente que se esforzaba en ocultar una sonrisa suave, una sonrisa de perdón.

A espaldas de la vieja, contemplaban Michka tres rostros: dos, femeninos—uno de ellos rojo, tocado con una pañoleta de colorines, y otro con los cabellos en desorden y un ojo vacío—, y el tercero, de hombre, con una perilla puntiaguda, unas patillas blancas y un mechón de pelo sobre la frente. El rostro masculino guiñaba sin cesar los ojos, como si quisiera decirle a Michka:

—¡Márchate! ¡Pronto!

Michka balbuceaba, esforzándose en justificarse:

—Es un libro raro... Dice que somos bestias... perros... Al oírle a usted leer, yo me decía: "¡Dios mío, qué verdad es eso!" Hay que confesar que somos unos canallas, unos perdidos... unos granujas... Y luego me decía que el ama, usted, es decir, una anciana que quizá no tuviera sino ese libro para su consuelo... Además, los broches, ¿qué pueden valer? Una bagatela... mientras que formando parte del libro, ya es otra cosa... Bueno; me he dicho que era mejor traérselos a la buena anciana... Además, hemos ganado aquí

algo, gracias a Dios, y tenemos dinero para comer... ¿Comprende usted? Ahora, si usted no manda nada...

—¡Espera un poco!—le retuvo la vieja—. ¿Entendiste lo que leí ayer?

—¿Yo? No, yo no soy capaz de entender esas cosas... Nosotros no tenemos oídos para las palabras de Dios... No las entendemos. Bueno, me voy.

—Espera un poco.

Michka lanzó un suspiro de fastidio, que se oyó en todo el jardín, y empezó a bailotear como un oso. Se veía que la explicación comenzaba a aburrirle.

—¿Quieres que te lea un poco más?

—Señora... mis compañeros me esperan.

—No te preocupes de ellos... Tú eres un buen muchacho... Déjalos.

—Bueno—asintió en voz baja Michka.

—¿Los dejarás, verdad?

—Los dejaré.

—¡Muy bien! Eres prudente... Eres como un niño, aunque la barba te llega a la cintura. ¿Eres casado?

—Soy viudo... mi mujer murió.

—¿Por qué bebes? Eres borracho, ¿verdad?

—Sí, soy un borracho... me gusta beber.

—¿Por qué?

—¿Por qué bebo? Por tontería. Yo soy tonto. Claro que si fuera inteligente, no lo haría—dijo con voz de enojo Michka.

—Tienes razón. Procura ser inteligente... co-

rrígete... Frecuenta la iglesia, escucha la palabra de Dios... Toda la sabiduría humana está en eso.

—¡Claro!—dijo Michka, casi gimiendo.

—Voy, con todo, a leerte un poco más... ¿quieres?

—Como usted quiera.

La vieja cogió la Biblia, que estaba al alcance de su mano, la hojeó y resonó en todo el jardín su voz ronca:

"Y no tienes perdón, tú que juzgas a los demás, pues con la misma sentencia con que los condenas a ellos te condenas a ti mismo; porque, juzgando a los demás, obras de igual modo."

Michka sacudió la cabeza y se rascó el hombro izquierdo.

"¿Es posible, hombre, que esperes evitar el juicio de Dios?"

—¡Ama!—suplicó con voz lloriqueante Michka—. ¡Déjeme usted irme, por Dios! Vendré otro día a escuchar la lectura... Ahora, tengo hambre... Desde ayer no hemos comido nada.

El ama cerró con cólera el libro.

—¡Vete!—dijo furiosa.

—¡Gracias, ama!

Y Michka se dirigió, casi corriendo, a la puerta del jardín.

—¡Almas perdidas!... ¡Corazones de fieras!—le gritó, fuera de sí, la vieja.

* * *

Media hora después estábamos sentados en una taberna, regalándonos con te y pan blanco.

—Parecía que me horadaba con una barrena— decía Michka con una sonrisa cariñosa en sus ojos cándidos de niño—. Yo, en pie ante ella, pensaba: "¿A qué diablos he venido aquí? ¿Por qué me atormenta la vieja?" Debió tomar los broches y dejarme ir; ¡pero, no; se puso a charlar! ¡Qué gente! Se quiere ser amable con ella y, en vez de comprenderlo, empieza a darle a uno la lata... Yo le digo sencillamente: "Ahí tiene usted, ama, sus broches, para que no se queje de mí"; pero no se contenta con eso, y se empeña en que le refiera el motivo de la restitución... ¡Dios mío, qué lata me ha dado! ¡Hasta sentía calor oyéndola, palabra!

Seguía sonriendo con su sonrisa llena de bondad y dulzura.

Semka, sombrío, hosco, le dijo gravemente:

—Te aconsejo que te mueras lo antes posible, querido imbécil; de lo contrario, te comerán las moscas.

—¡Qué lengua tienes! Bebamos una copita... por la terminación del asunto...

Y celebramos, en efecto, con una copa, el feliz remate de aquella curiosa aventura.

BOLES

BOLES

He aquí lo que me refirió un día un amigo:

"Cuando yo era estudiante en Moscú, habitaba en la misma casa que yo una de "esas señoras". Era polaca y se llamaba Teresa. Una morenaza muy alta, de cejas negras y unidas y cara grande y ordinaria que parecía tallada a hachazos. Me inspiraba horror por el brillo bestial de sus ojos obscuros, por su voz varonil, por sus maneras de cochero, por su corpachón de vendedora del mercado.

Yo vivía en la guardilla, y su cuarto estaba frente al mío. Nunca abría la puerta cuando sabía que ella estaba en casa, lo que, naturalmente, ocurría muy raras veces. A menudo se cruzaba conmigo en la escalera o en el portal y me dirigía una sonrisa que se me antojaba maligna y cínica. Con frecuencia, la veía borracha, con los ojos huraños y los cabellos en desorden, sonriendo de un modo repugnante. Entonces solía decirme:

—¡Salud, señor estudiante!

Y se reía estúpidamente, acrecentando mi aver-

sión hacia ella. Yo me hubiera mudado de casa con tal de no tenerla por vecina; pero mi cuartito era tan mono y con tan buenas vistas, y la calle tan apacible, que yo no acababa de decidirme a la mudanza.

Una mañana, estando aún acostado y esforzándome en encontrar razones para no ir a la Universidad, la puerta se abrió de repente, y aquella antipática Teresa gritó desde el umbral con su bronca voz:

—¡Salud, señor estudiante!

—¿En qué puedo servir a usted?—le pregunté.

Observé en su rostro una expresión confusa, casi suplicante, que yo no estaba acostumbrado a ver en él.

—Mire usted, señor... Yo quisiera pedirle un favor... Espero que no me lo negará usted.

Seguí acostado y guardé silencio. Pensé: "Se vale de un subterfugio para atentar contra mi castidad, no cabe duda... ¡Firmeza, Egor!"

—Mire usted, necesito escribir una carta... a mi tierra—dijo con acento extremadamente tímido, suave y suplicante.

"Bueno—pensé—; si no es más que eso, ¿por qué no?"

Me levanté, me senté ante la mesa, cogí papel y pluma y le dije:

—Siéntese usted y dícteme.

Avanzó, se sentó llena de embarazo, y me miró con aire confuso.

—Bueno; ¿cuál es la dirección?

—Señor Boleslav Kachput, en Sventiani, camino de hierro de Varsovia...

—¿Quiere usted decirme lo que he de escribir?

—Escriba usted: "Mi querido Boles... corazón mío... mi fiel enamorado... ¡que la Santísima Virgen te proteja!... Tesoro mío, ¿por qué no has escrito desde hace tanto tiempo a tu palomita Teresa, que está muy triste?"

Me costó gran trabajo contener la risa; aquella "palomita" tenía cerca de dos metros y medio de estatura y unos puños enormes, y era tan sucia, que parecía haber pasado la vida limpiando chimeneas sin lavarse nunca. Logré permanecer serio, y le pregunté:

—¿Quién es ese Boles?

—¡Boles, señor estudiante!—rectificó, visiblemente contrariada por mi deformación del nombre—, Boles es mi novio.

—¡Novio de usted!

—¿Por qué, señor estudiante, se muestra tan asombrado? ¿Acaso yo, una muchacha, no puedo tener novio?

¡Ella una muchacha!

—¿Por qué no? Todo es posible. Hace mucho tiempo que son ustedes novios?

—Más de cinco años.

—¡Caramba!—me dije.

En fin, acabé de escribirle la carta. Una carta tan tierna, tan amorosa, que yo hubiera con

gusto ocupado el lugar de Boles si su corresponsal no hubiese sido Teresa, sino otra mujer de menores dimensiones.

—¡Se lo agradezco a usted de todo corazón, señor estudiante! Me ha prestado usted un gran servicio—me dijo Teresa saludándome—. ¿No podría yo, en pago, prestarle a usted otro a mi vez?

—No; se lo agradezco.

—¿No necesita el señor estudiante que le remienden la camisa o los pantalones?

Aquel mastodonte con faldas me puso colorado, permitiéndose tal suposición.

Nada suavemente, le contesté que no tenía necesidad de sus servicios.

Y se marchó.

Pasaron quince días. Una tarde estaba yo sentado junto a la ventana, pensando en el modo de abstraerme de mi propia persona. Me aburría terriblemente. Hacía mal tiempo; yo no tenía gana de ir a ninguna parte, y me entregaba al autoanálisis. Esto no era muy divertido; pero yo estaba tan sin ánimos...

De pronto, la puerta se abrió; por fin llegaba alguien.

—¿El señor estudiante no tiene ninguna ocupación urgente?

Era Teresa... ¡Diablo!

—No. ¿Por qué?

—Yo le agradecería al señor estudiante que me escribiera otra carta.

—Estoy a su disposición de usted. ¿La carta es para Boles?

—No; hoy es de él.

—¿Cómo?

—¡Qué estúpida soy! Me he explicado muy mal. Hoy no se trata de escribirme una carta a mí, sino a una amiga... Es decir, no a una amiga, sino... a un joven... No sabe escribir y tiene una novia... Se llama como yo: Teresa... ¿Ha comprendido usted?... Tendrá la amabilidad de escribirle una carta a la otra Teresa...

La miré; parecía llena de confusión; sus dedos temblaban... A pesar de lo embrollado de sus palabras, empecé a adivinar...

—Escúcheme, señora—le dije—: los Boles y las Teresas sólo existen en su imaginación de usted. Ha inventado usted esas mentiras para hacerme caer en su trampa. Pero usted se engaña. No tengo maldita la gana de entrar en relaciones con usted. ¿Me entiende?

Pareció de pronto extrañamente temerosa y confusa, y empezó a mover de un modo grotesco los labios, queriendo decir algo, pero sin decir nada. Yo la contemplaba, y pensaba que, a lo que parecía, me había equivocado un poco al atribuirle la intención de hacerme abandonar el camino de la virtud y que debía de ser otro su objeto.

—¡Señor estudiante!...—comenzó.

Pero no pudo terminar; de un modo repentino, brusco y como desesperado volvió la espalda y se marchó.

Yo me quedé de muy mal humor. Tras una corta reflexión, me decidí a ir a su cuarto para invitarla a volver al mío. Estaba dispuesto a escribirle todo lo que quisiera.

Al entrar en su cuarto, vi que estaba sentada junto a su mesa y con la cabeza entre las manos.

—¡Oiga usted!—le dije.

Siempre, cuando llego a este punto de mi narración, me asombro de mi estupidez... ¡Fué aquello tan tonto!

—¡Oiga usted!—le dije.

Se levantó bruscamente, se dirigió hacia mí, con los ojos brillantes; apoyó sus manos en mis hombros, y empezó a murmurar, o, mejor dicho, a tronar con su bronca voz:

—¡Bueno! Supongamos que no hay, en efecto, ningún Boles... Que Teresa tampoco existe... ¿Qué le importa a usted? ¿Le cuesta tanto trabajo escribir unas cuantas líneas? Debía darle vergüenza... Tan joven, tan blanco. ¡Sí; no hay ni Boles ni Teresa, sépalo usted! No hay más que yo... ¿Estamos?

—Permítame usted—le pregunté, estupefacto por sus palabras—. ¿De qué se trata entonces? ¿No hay ningún Boles?

—¡No!

—¿Y ninguna Teresa?

—Ninguna Teresa tampoco. Teresa soy yo.

Yo no comprendía ni una palabra. La miré atónito y me pregunté cuál de los dos se había vuelto loco.

Mi vecina se acercó de nuevo a la mesa, buscó en ella algo y después se dirigió hacia mí y me dijo con tono de enojo:

—¡Si ha sido para usted tan molesto escribirle la carta a Boles, tómela, llévesela si quiere. Ya encontraré otros señores que se presten gustosos a escribirme cartas.

Y vi que me alargaba la que yo le había escrito a Boles. ¡Demontre!

—Oiga usted, Teresa. ¿Qué significa esto? ¿Para qué quiere usted pedirle a los demás que le escriban cartas cuando ni siquiera ha echado ésa al correo?

—¿Pero a quién quiere usted que se la remita?

—¡A ese... a Boles!

—¡Pero si no existe!

¡Decididamente, yo no comprendía una palabra! No me quedaba más que irme. Y lo hubiera hecho al punto de no haberse empeñado ella en explicarse.

—¿Qué?—dijo enojada—. Ya le digo a usted que Boles no existe...

Y se pintó en su rostro una gran extrañeza de que no existiera.

—Sin embargo, debía existir. ¿No soy yo un ser humano como los demás? Claro que soy... En fin, ya sé lo que soy; pero no le hago daño a nadie si le escribo...

—Perdone usted. ¿A quién?

—¡Toma, a Boles!

—¡Pero si no existe!

—¡Jesús, María! ¿Qué importa que no exista? Yo me lo imagino. Le escribo y me figuro que existe en realidad. Teresa soy yo; él me contesta... y luego, a mi vez, le contesto yo...

Entonces comprendí.

¡Me dió una vergüenza, experimenté un dolor, una pena! ¡Junto a mí, a tres pasos de mi puerta, vivía una mujer a quien nadie en el mundo le había dado muestras de afecto, y se había inventado un amigo!

—Mire usted—continuó—, usted me ha escrito una carta para Boles, yo se la doy a leer a otros, y cuando les oigo leérmela, me hago la ilusión de que Boles, en efecto, existe. Después suplico que me escriban una carta de Boles para Teresa, es decir, para mí. Y cuando me leen esta carta, no me cabe ya duda de que existe Boles, lo cual me hace la vida más llevadera.

—¡Diablo! ¡Vaya una historia!—me dije.

En fin, a partir de aquel día, comencé a escribir puntualmente dos veces por semana cartas a Boles y respuestas de éste a Teresa, que escuchaba ella llorando de emoción o más bien aullando broncamente. En pago de las lágrimas que le arrancaban las respuestas del Boles imaginario, me zurcía gratis los calcetines, las camisas y otras prendas.

A los tres meses, la metieron en la cárcel, no sé con qué motivo. Probablemente se habrá muerto ya..."

El narrador sopló la ceniza del cigarrillo, miró pensativamente al cielo, y concluyó:

"Sí, así sucede... Cuando más le persigue el destino, más ávidamente busca el hombre la felicidad. Pero nosotros no nos percatamos de ello, porque nuestros corazones están blindados por virtudes vetustas y lo vemos todo al través de la niebla que pone en nuestros ojos el contento de nosotros mismos, la convicción estúpida de nuestra impecabilidad..."

Tras una breve pausa, agregó:

"En fin, todo esto es estúpido y cruel. Se habla de los hombres encenagados. ¿Qué son los hombres encenagados? Ante todo, son seres humanos, con los mismos huesos, la misma sangre y los mismos nervios que nosotros. Y se nos habla de los hombres encenagados todos los días, desde hace siglos. Nosotros escuchamos y... no ¡es demasiado imbécil! En realidad, nosotros somos también hombres encenagados, caídos muy bajo, caídos en el fondo de nuestra convicción errónea de que nuestros nervios y nuestros cerebros son superiores a los de los demás, cuando toda nuestra superioridad consiste en que somos más cucos y sabemos hacernos los buenos mejor que los demás...

Pero basta de filosofías. Todo esto es tan sabido que da vergüenza hablar de ello."

FIN

INDICE

	Págs.
Malva	9
Un incidente	97
Boles	117

COLECCIÓN UNIVERSAL

OBRAS PUBLICADAS

(Julio de 1919 a mayo de 1920.)

N.º 1, 2, 3 y 4.—**Poema del Cid.** Texto y traducción por Alfonso Reyes.—**2 ptas.**

N.º 5 y 6.—Lope de Vega: **Fuente Ovejuna.** Comedia. Edición revisada por Américo Castro.—**1 pta.**

N.º 7.—Kant: **La paz perpetua.** Ensayo filosófico. Traducción del alemán por F. Rivera Pastor.—**50 cts.**

N.º 8, 9 y 10.—O. Goldsmith: **El Vicario de Wakefield.** Novela. Traducción del inglés por Felipe Villaverde. **1,50 ptas.**

N.º 11, 12 y 13.—La Rochefoucauld: **Memorias.** Traducción del francés por Cipriano de Rivas Cherif.—**1,50 pesetas.**

N.º 14 y 15.—J. Ortega Munilla, de la Real Academia Española: **Relaciones contemporáneas. Novelas breves.—1 pta.**

N.º 16.—P. Merimée: **Doble error.** Novela. Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.—**50 cts.**

N.º 17, 18, 19 y 20.—Stendhal: **Rojo y negro.** Novela Tomo I. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—**2 ptas.**

N.º 21, 22, 23 y 24.—Stendhal: **Rojo y negro.** Novela. Tomo II. Traducción del francés por Enrique de Mesa.—**2 ptas.**

Nº 25 y 26.—Goethe: **Las cuitas de Werther.** Novela. Traducción del alemán por José Mor de Fuentes, revisada y corregida.—**1 peseta.**

N.º 27.—Antonio Machado: **Soledades, Galerías y otros poemas.** Segunda edición. — **50 céntimos.**

N.º 28 y 29.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo I.—"La Gitani-

lla" y "El amante liberal".—**1 pta.**

N.º 30, 31, 32 y 33.—L. Andreiev: **Sachka Yegulev.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**2 ptas.**

N.º 34 y 35.—C. Castello-Branco: **Dos novelas del Miño.** Traducción del portugués por F. Blanco Suárez.—**1 pta.**

N.º 36 y 37.—Cicerón: **Cuestiones académicas.** Traducción del latín por A. Millares. — **1 peseta.**

N.º 38, 39 y 40.—Villalón: **Viaje de Turquía.** Tomo I. Edición de A. G. Solalinde.—**1,50 pesetas.**

N.º 41, 42 y 43.—Villalón: **Viaje de Turquía.** Tomo II. Edición de A. G. Solalinde.—**1,50 pesetas.**

N.º 44 y 45.—Vladimiro Korolenko: **El día del juicio.** Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**

N.º 46 y 47.—Serafín Estébanez Calderón "El Solitario": **Novelas y cuentos.—1 pta.**

N.º 48. — Leibnitz: **Opúsculos filosóficos.** Traducción por Manuel G. Morente.—**50 céntimos.**

N.º 49, 50 y 51.—Plutarco: **Vidas paralelas.** Tomo I. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida. **1,50 ptas.**

N.º 52, 53 y 54.—Abate Prevost: **Manón Lescaut.** Novela. Traducción del francés por Enrique de Mesa. — **1,50 ptas.**

N.º 55 y 56.—Ruiz de Alarcón: **Los pechos privilegiados.** Comedia. Edición cuidada por Alfonso Reyes. **1 pta.**

N.º 57.—Vélez de Guevara: **El Diablo Cojuelo.** Novela.—**50 cts.**

N.º 58, 59 y 60.—George Eliot: **Silas Marner.** Novela. Traducción del inglés por Isabel de Oyarzábal. — **1,50 pesetas.**

N.º 61 y 62.—Alejandro Kuprin: **El Dios implacable.** Novelas. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**

N.º 63, 64 y 65.—Trinidade Coelho: **Mis amores.** Cuentos. Traducción del portugués por P. Blanco Suárez. — **1,50 ptas.**

N.º 66, 67 y 68.—Madame de Staël: **Diez años de destierro.** Memorias. Traducción del francés por M. Azaña. **1,50 ptas.**

N.º 69 y 70.—Tirso de Molina: **El condenado por desconfiado.** Comedia. Edición de Américo Castro.—**1 pta.**

N.º 71.—Kant: **Lo bello y lo sublime.** Ensayos críticos. Traducción del alemán por A. Sánchez Rivero. — **50 céntimos.**

N.º 72 y 73.—Alfredo de Musset. **Cuentos.** Tomo I. Traducción del

francés por L. Fernández Ardavín. — **1 peseta.**

N.º 74 y 75.—Leopoldo Alas (Clarín): **El señor y lo demás son cuentos.—1 pta.**

N.º 76 y 77.—L. Sterne: **Viaje sentimental.** Traducción del inglés por A. Reyes.—**1 pta.**

N.º 78, 79 y 80.—Julio César: **Comentarios de la guerra de las Galias.** Traducción del latín por D. J. Goya y Muniain, revisada y corregida.—**1,50 ptas.**

N.º 81 y 82.—A. Chejov: **La sala número seis.** Cuentos. Traducción del ruso por N. Tasin. **1 pta.**

N.º 83 y 84.—Garcilaso de la Vega: **Poesías.**—**1 pta.**

N.º 85.—C. Cornelio Tácito: **La Germania.** Traducción del latín por D. Alamos Barrientos, revisada y corregida. — **Diálogo de los oradores.** Traducción del latín por D. C. Sixto y D. J. Ezquerra, revisada y corregida.—**50 cts.**

N.º 86, 87 y 88. — E. About: **El rey de las montañas.** Novela. Traducción del francés por A. Sánchez Rivero.—**1,50 ptas.**

N.º 89 y 90.—A. Caron de Beaumarchais: **El barbero de Sevilla.** Comedia. Traducción del francés por J. I. Alberti y E. López Alarcón.—**1 pta.**

N.º 91, 92 y 93.—J. Sandeau: **La señorita de la Seiglière.** Novela. Traducción del francés por Pedro Vances. **1,50 ptas.**

N.º 94 y 95.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo II. "La española inglesa" "Rinconete y Cortadillo", "Licenciado Vidriera". — **1 pta.**

N.º 96 y 97.—A. de Lamartine: **Graziella.** Novela. Traducción del francés por Juan José Llovet.—**1 pta.**

N.º 98, 99 y 100.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo I. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—**1,50 ptas.**

N.º 101, 102 y 103.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo II. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—**1,50 ptas.**

N.º 104 y 105.—L. Andreiev: **Los espectros.** Novelas breves. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**

N.º 106, 107 y 108.—Dante Alighieri: **El Convivio.** Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif. — **1,50 pesetas.**

N.º 109.—Francisco Herczeg: **Las hermanas Gyurkovics.** Historia familiar. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—**50 cts.**

N.º 110, 111, 112 y 113.—Jane Austen: **Persuasión.** Novela. Traduc-

ción del inglés por M. Ortega Gasset.—**2 pesetas.**

N.º 114 y 115.—G. Flaubert: **Tres cuentos.** Traducción del francés por Luis Bello.—**1 pta.**

N.º 116, 117 y 118.—A. Caron de Beaumarchais: **El casamiento de Fígaro.** Comedia. Traducción del francés por E. López Alarcón.—**1,50 ptas.**

N.º 119 y 120.—Fenelon: **La educación de las niñas.** Traducción del francés por María Luisa Navarro de Luzuriaga.—**1 pta.**

N.º 121 y 122.—Máximo Gorki: **Varenka Olesova.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**

N.º 123, 124 y 125.—M. d'Azeglio: **Mis recuerdos.** Tomo III y último. Memorias. Traducción del italiano por E. de Echauri.—**1,50 ptas.**

N.º 126 y 127.—Agustín Moreto: **El lindo don Diego.** Comedia. — **1 peseta.**

N. 128.—Robert Filmer: **Patriarcha o El poder natural de los Reyes.** Tratado político. Traducción del inglés por Pablo de Azcárate. — **50 cts.**

N.º 129 y 130.—Plutarco: **Vidas paralelas.** Tomo II. Traducción del griego por Antonio Ranz Romanillos, revisada y corregida. — **1 pta.**

N.º 131, 132 y 133.—Carlos Nodier: **El hada de las migajas.** Cuento fantástico. Traducción del francés por Pedro Vances.—**1,50 ptas.**

N.º 134, 135, 136 y 137.—Giovanni Verga: **Los Malasangre.** Novela. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**2 ptas.**

N.º 138 y 139.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo III. "La fuerza de la sangre", "El celoso extremeño" y "La ilustre fregona".—**1 pta.**

N.º 140.—Tomás Arnold: **Ensayos sobre Educación.** Traducción del inglés por Lorenzo Luzuriaga.—**50 cts.**

N.º 141 y 142.—Leónidas Andreiev: **Dies irae.** Novelas breves. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**

N.º 143 y 144.—Grazia Deledda: **Elías Portolu.** Novela. Traduccion del italiano por Eustaquio de Echauri. — **1 pta.**

N.º 145.—Voltaire: **Memorias.** Traducción del francés por M. Azaña. **50 cts.**

N.º 146, 147 y 148.—Thackeray: **Catalina.** Novela. Traducción del inglés por Mariano Alarcón.—**1,50 ptas.**

N.º 149 y 150.—Goldoni: **La posadera.** Comedia. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**1 pta.**

N.º 151, 152 y 153.—Vic-

tor Hugo: **Bug-Jargal.** Novela. Traducción del francés por D. Dionisio Alcalá Galiano, revisada y corregida. **1,50 ptas.**

N.º 154 y 155.—Torres Villarroel: **Vida.** Memorias. Tomo I.—**1 pta.**

N.º 156, 157 y 158.—Montesquieu: **Grandeza y decadencia de los romanos.** Traducción del francés por E. Bohigas.—**1,50 ptas.**

N.º 159 y 160. — Hauf: **Cuentos.** Traducción del alemán por C. Gallardo de Mesa. — **1 peseta.**

N.º 161 y 162.—Kuprin: **El brazalete de rubíes.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**

N.º 163 a 166.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España.** Tomo I. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—**2 ptas.**

N.º 167 y 168.—Teixeira de Queiroz: **Cuentos.** Traducción del portugués por P. Blanco Suárez.—**1 pta.**

N.º 169 y 170.—A. de Vigny: **Chatterton.** Drama. Traducción del francés por J. Robles. **1 pta.**

N.º 171 a 173.—Cervantes: **Novelas ejemplares.** Tomo IV y último. "La señora Cornelia", "Las dos doncellas" y "Coloquio de los Perros".—**1,50 pesetas.**

N.º 174 y 175.—Torres Villarroel: **Vida.** Memorias. Tomo II y último.—**1 pta.**

N.º 176.—Eugenio d'Ors. **La Bien Plantada de Xenius.** Novela. Traducción del catalán por Rafael Marquina. **50 cts.**

N.º 177 a 180.—H. de Balzac: **Papá Goriot.** Novela. Traducción del francés por J. de Zuazagoitia.—**2 ptas.**

N.º 181 y 182.—H. Taine: **Notas sobre Inglaterra.** Tomo I. Traducción del francés por L. Sánchez Cuesta.—**1 peseta.**

N.º 183 a 186.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España.** Tomo II. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—**2 ptas.**

N.º 187 y 188.—Molière: **El ricachón en la corte** (Le bourgeois gentilhomme). Comedia. Traducción del francés por J. I. de Alberti.—**1 pta.**

N.º 189.—Gómez Carrillo: **Ciudades de ensueño.—50 céntimos.**

N.º 190 a 192.—Chmelev: **El camarero.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1,50 pesetas.**

N.º 193 y 194.—Fóscolo: **Ultimas cartas de Jacobo Ortiz.** Novela. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**1 pta.**

N.º 195 a 198.—Anónimo

catalán del siglo XV: **Curial y Guelfa.** Novela. Tomo I. Traducción por Rafael Marquina.—**2 ptas.**

N.º 199 y 200.—Kóbor: **Budapest.** Novela. Tomo I. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—**1 pta.**

N.º 201 y 202.—Kóbor: **Budapest.** Novela. Tomo II y último. Traducción del húngaro por Andrés Révész.—**1 pta.**

N.º 203 y 204.—Chejov: **Historia de mi vida.** Novela. Traducción del ruso por N. Tasin.—**1 pta.**

N.º 205.—Stevenson: **El extraño caso del Doctor Jekyll y míster Hyde.** Novela. Traducción del inglés por José Torroba.—**50 céntimos.**

N.º 206 y 207.—Anónimo catalán del siglo XV: **Curial y Guelfa.** Novela. Tomo II y último. Traducción por Rafael Marquina.—**1 peseta.**

N.º 208 a 211.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España.** Tomo III. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—**2 pesetas.**

N.º 212 y 213.—Webster: **La Duquesa de Malfi.** Drama. Traducción del inglés por E. Díaz Canedo.—**1 pta.**

N.º 214.—Heine: **Memorias.** Traducción del alemán por Manuel M. Pedroso.—**50 céntimos.**

N.º 215 a 217.—H. Taine: **Notas sobre Inglaterra.** Tomo II y último. Traducción del francés por L. Sánchez Cuesta.—**1,50 pesetas.**

N.º 218 a 220.—Balzac: **Eugenia Grandet.** Novela. Traducción del francés por J. Alvarez Pastor.—**1,50 ptas.**

N.º 221 a 223.—Barbey D'Aurevilly: **La hechizada.** Novela. Traducción del francés por Rafael Sánchez Ocaña.—**1,50 ptas.**

N.º 224 y 225.—Daudet: **[illegible]rín de Tarascón. Tartarín [illegible]a.** Traducción Novela por Felipe del francés.—**1 pta.** Villaverde.—[illegible] d'Azeglio: **Héctor Fieramosca.** Novela. Tomo I. Traducción del italiano por José Ignacio de Alberti.—**1,50 ptas.**

N.º 229 y 230.—F. de Rojas: **Del rey abajo, ninguno.** Comedia.—**1 peseta.**

N.º 231.—E. About: **La nariz de un notario.** Novela. Traducción del francés por Pablo Perales.—**50 cts.**

N.º 232 a 234.—Dozy: **Historia de los musulmanes de España.** Tomo IV y último. Traducción del francés por Magdalena Fuentes.—**1,50 ptas.**

s. Traducción del
mán por Manuel
Pedroso.—**50 cén-**
nos.

215 a 217.—H. Taf-
: **Notas sobre Ingla-**
rra. Tomo II y úl-
mo. Traducción del
ancés por L. Sán-
nez Cuesta.—**1,50 pe-**
etas.

218 a 220.—Balzac:
Eugenia Grandet. No-
vela. Traducción del
francés por J. Alvarez
Pastor.—**1,50 ptas.**

221 a 223.—Barbey
D'Aurevilly: **La he-**
chizada. Novela. Tra-
ducción del francés
por Rafael Sánchez
Ocaña.—**1,50 ptas.**

224 y 225.—Daudet:
...rín de Tarascón.
Tarta... a. Traducción
Nove... por Felipe
del francés.—**1 pta.**
Villaverde.—... d'Ar-

226 a 228.—M...
glio: **Héctor Fie...**
ca. Novela. Tom...
Traducción del itali-
no por José Ignacio de
Alberti.—**1,50 ptas.**

229 y 230.—F. de Ro-
jas: **Del rey abajo,**
ninguno. Comedia.—**1**
peseta.

231.—E. About: **La**
nariz de un notario.
Novela. Traducción
del francés por Pablo
Perales.—**50 cts.**

232 a 234.—Dozy:
Historia de los musul-
manes de España. To-
mo IV y último. Tra-
ducción del francés
por Magdalena Fuen-
tes.—**1,50 ptas.**

N.º 235 y 236.—G. Verga: **La vida en los campos.** Novelas cortas. Traducción del italiano por Cipriano Rivas Cherif.—**1 pta.**

N.º 237 a 240.—Cervantes: **Los trabajos de Persiles y Sigismunda.** Historia setentrional. Tomo I.—**2 ptas.**

COLECCIÓN ÚTIL Y ECONÓMICA DE CONOCIMIENTOS ENCICLOPÉDICOS EN LA CUAL HALLA SIEMPRE EL LECTOR EL LIBRO QUE LE INTERESA

Los **Manuales Gallach** son valiosísimo archivo de los estudios de más de cien sabios especialistas, que han colaborado a nuestra singular obra de cultura para ayudarnos en la ardua empresa de divulgar, en libros económicos y presentados con primor, las diferentes ramas del saber humano.

SON ELEMENTO DE CULTURA PRECIOSÍSIMO Y SU COSTE ESTÁ AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS

Los vendemos sueltos y por colección

A los compradores de esta última (cuyo pago puede hacerse en pequeñas cuotas mensuales) les regalamos un bonito mueble para colocar los volúmenes.

CALPE Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones
San Mateo, 13.—MADRID

VOLÚMENES PUBLICADOS

1.—**Química General**, por el Dr. Luanco. Pts. 1,50.

2.—**Historia natural**, por el Dr. De Buen. Pts. 1,50.

3.—**Física**, por el Dr. Lozano. Pts. 1,50.

4.—**Geometría General**, por el Dr. Mundi. Pts. 1,50.

5.—**Química Orgánica**, por el Dr. Carracido. Pts. 1,50.

6.—**La Guerra Moderna**, por D. M. Rubió. Pts. 1,50.

7.—**Mineralogía**, por el Dr. S. Calderón. Pts. 1,50.

8.—**Ciencia Política**, por D. Adolfo Posada. Pts. 1,50.

9.—**Economía Política**, por el Dr. J. Piernas. Pts. 1,50.

10.—**Armas de Guerra**, por D. J. Génova. Pts. 1,50.

11.—**Hongos comestibles y venenosos**, por don Blas Lázaro. Pts. 1,50.

12.—**La ignorancia del Derecho**, por D. J. Costa. Pts. 1,50.

13.—**El sufragio**, por el Dr. A. Posada. Pts. 1,50.

14.—**Geología**, por D. José Macpherson. Pts. 1,50.

15.—**Pólvoras y explosivos**, por D. C. Banús. Pts. 1,50.

16.—**Armas de caza**, por D. J. Génova. Pts. 1,50.

17.—**La Guinea Española**, por D. R. Beltrán. Pts. 1,50.

18.—**Meteorología**, por D. A. Arcimis. Pts. 1,50.

19.—**Análisis químico**, por D. J. Casares. Pts. 1,50.

20.—**Abonos industriales**, por D. A. Maylín. Pts. 1,50.

21.—**Unidades**, por D. C. Banús. Pts. 1,50.

22.—**Química biológica**, por el Dr. Carracido. Pts. 1,50.

23.—**Bases para un nuevo Derecho penal**, por el Dr. Dorado. Pts. 1,50.

24.—**Fuerzas y motores**, por D. M. Rubió. Pts. 1,50.

25.—**Gusanos parásitos en el hombre**, por el doctor Marcelo Rivas. Pts. 1,50.

26.—**Fabricación del pan**, por D. N. Amorós. Pts. 2.

27.—**Aire atmosférico**, por D. E. Mascareñas. Pts. 1,50.

28.—**Hidrología médica**, por el Dr. D. H. Rodríguez. Pts. 1,50.

29.—**Historia de la civilización española**, por D. Rafael Altamira. Pts. 2.

30.—**Las epidemias**, por D. F. Montaldo. Pts. 1,50.

31.—**Cristalografía**, por L. Fernández. Pts. 2.

32.—**Artificios de fuego de guerra,** por D. José de Lossada y Canterac. Pts. 1,50.

33.—**Agronomía,** por don A. López. Pts. 1,50.

34.—**Bases del Derecho mercantil,** por D. L. Benito. Pts. 1,50.

35.—**Antropometría,** por D. T. de Aranzadi. Pts. 1,50.

36.—**Las provincias de España,** por D. M. Villaescusa. Pts. 2,50.

37.—**Formulario químico industrial,** por D. P. Trías. Pts. 1,50.

38.—**Valor social de leyes y autoridades,** por don Pedro Dorado. Pts. 1,50.

39.—**Canales de riego,** por D. J. Zulueta. Pts. 2.

40.—**Arte de estudiar,** por D. M. Rubió. Pts. 1,50.

41.—**Plantas medicinales,** por D. B. Lázaro. Pts. 2,50.

42.—**A, b, c del instalador y montador electricista.**— Tomo I.—*Instalaciones privadas,* por D. Ricardo Yesares. Pts. 2,50.

43.—**A, b, c del instalador y montador electricista.**—Tomo II.—*Estaciones centrales y canalizaciones,* por D. R. Yesares. Pts. 2,50.

44.—**Medicina doméstica,** por D. A. Opisso. Pts. 2.

45.—**Contabilidad comercial,** por D. J. Prats. Pts. 3.

46.—**Sociología contemporánea,** por D. A. Posada. Pts. 1,50.

47.—**Higiene de los alimentos y bebidas,** por D. J. Madrid. Pts. 1,50.

48.—**Operaciones de Bolsa,** por D. J. Bertrán. Pts. 1,50.

49.—**Higiene industrial,** por D. J. Eleizegui. Pts. 2,50.

50.—**Formulario de correspondencia francés-español,** por D. J. Meca. Pts. 2,50.

51.—**Motores de gas, petróleo y aire,** por R. Yesares. Pts. 2,50.

52.—**Las bebidas alcohólicas.—El alcoholismo,** por D. A. Piga y D. Aguado Marinoni. Pts. 1,50.

53.—**Formulario de correspondencia inglés-español,** por D. J. Meca. Pts. 2,50.

54.—**Carpintería práctica,** por D. E. Heras. Pts. 2.

55.—**Instituciones de Economía social,** por don J. Torrembó. Pts. 2.

56.—**Prontuario del idioma,** por D. E. Oliver. Pts. 3.

57.—**Máquinas e instalaciones hidráulicas,** por D. J. de Igual. Pts. 2,50.

58.—**Pedagogía universitaria,** por D. Francisco Giner de los Ríos. Pts. 2,50.

59.—**Gallinero práctico,** por D. C. de Torres. Pts. 3.

60.—**Dai Nipón (El Ja-**

pón), por D. A. García. Pts. 3.

61.—**Cultivo del algodonero,** por D. Diego de Rueda. Pts. 2.

62.—**Galvanoplastia y electrólisis,** por R. Yesares. Pts. 2,50.

63.—**Educación de los niños,** por F. Climent. Pts. 3.

64.—**El microscopio,** por D. Ernesto Caballero. Pts. 1,50.

65.—**Diccionario de argot español,** por L. Besses. Pts. 2,50.

66.—**Piedras preciosas,** por Marcos J. Bertrán. Pts. 2,50.

67 68 **Manual de Mecánica elemental,** por Forner Carratalá. Tomo I: "Mecánica general". Pts. 2. Tomo II: "Mecánica aplicada". Pts. 2.

69.—**Los remedios vegetales,** por Alfredo Opisso. Pts. 2.

70 71 **Las Repúblicas hispanoamericanas,** por Emilio H. del Villar (dos tomos). Pts. 5.

72.—**Vinificación moderna,** por D. Diego de Rueda. Pts. 2,50.

73.—**Plantas industriales,** por D. Alfredo Opisso. Pts. 2.

74.—**Cerrajería práctica,** por Eusebio Heras. Pts. 2.

75.—**El arte del periodista,** por D. Rafael Mainar. Pts. 2,50.

76.—**La electricidad en la agricultura,** por D. R. Yesares. Pts. 2.

77.—**Telegrafía eléctrica,** por F. Villaverde Navarro. Pts. 2.

78.—**Medicina social,** por A. Opisso. Pts. 2.

79.—**Geografía general,** por Emilio H. del Villar. Pts. 3,50.

80.—**La familia y los enfermos,** por D. J. I. Eleizegui. Pts. 2.

81 82 **Elementos de cálculo mercantil,** por L. de la Fuente. Dos tomos. Pts. 5.

83.—**Teoría de la literatura y de las artes,** por D. H. Giner de los Ríos Pts. 2.

84.—**Manual del naturalista preparador,** por el Dr. Areny de Plandolit. Pts. 1,50.

85.—**Documentos mercantiles,** por Francisco Grau Granell. Pts. 3.

86.—**Pozos artesianos,** por Lucas F. Navarro. Pts. 1,50.

87.—**Investigación y alumbramiento de aguas,** por Lucas F. Navarro. Pts. 1,50.

88.—**Manual de Pirotecnia,** por J. B. Ferré. Pts. 2.

89.—**Elementos de arquitectura naval** (buques de guerra), por D. A. Blanco. Pts. 2.

90.—**Rudimentos de cultura marítima,** por Alfonso Arnau. Tomo I. Pts. 3.

91.—**Rudimentos de cultura marítima,** por Alfonso Arnau. Tomo II. Pts. 3.

92.—**Ascensores hidráuli-**

cos y eléctricos, por R. Yesares. Pts. 2.

93.—**Maravillas de la ciencia**, por D. J. Usunáriz. Pts. 1,50.

94.—**Derecho internacional**, por D. Aniceto Sela. Pts. 2.

95.—**El boxeo y la esgrima del bastón**, por A. Barba. Pts. 1,50.

96.—**Foot-ball, basse ball y lawn tennis**, por A. Barba. Pts. 1,50.

97.—**El gas pobre y sus aplicaciones a la fuerza motriz y a la calefacción**, por M. R. y Bellvé. Pts. 2.

98.—**La abeja y sus productos.** (Apicultura moderna), por Vicente Va. Pts. 2.

99.—**Manual de rimas selectas** (pequeño diccionario de la Rima), por J. Pérez Hervás. Pts. 2.

100.—**Manual del pintor decorador**, por D. José Cuchy. Pts. 1,50.

101.—**El dibujo para todos**, por V. Masriera. Pts. 3.

102.—**América Sajona**, por Emilio H. del Villar. Pts. 3.

103.—**Agrimensura**, por J. Ferré. Pts. 3.

104.—**Estética**, por D. A. Opisso. Pts. 3.

105.—**Floricultura**, por D. J. Garzón Ruiz. Pts. 3,50.

106.—**Flores artificiales**, por Dolores Andreu. Pts. 3,50.

107.—**Formulario práctico de artes y oficios**, por F. Climent Terrer. Pts. 3.

108 | **Astronomía**, por J.
109 | Comas Solá. Pts. 7.

110.—**El arte de pensar**, por Alfredo Opisso. Pts. 3.

111.—**Máximas de Epicteto**, traducidas por Apeles Mestres. Pts. 2,50.

112.—**Manual del maquinista fogonero**, por Balbino Vázquez. Pts. 4,50.

113. — **Perspectiva**, por Francisco Arola Sala. Ptas. 5.

PUBLICACIONES CALPE

BIBLIOTECA DEL
ELECTRICISTA PRÁCTICO

Gran enciclopedia de Electricidad

La más moderna, más clara, más concisa, más completa, más económica, más manuable y más primorosamente ilustrada de cuantas se han publicado hasta hoy

OBRA SUMAMENTE PRACTICA Y ORIGINAL
REDACTADA POR AUTORES ESPECIALISTAS

bajo la dirección de

D. RICARDO CARO Y ANCHÍA

LICENCIADO EN CIENCIAS FISICOMATEMÁTICAS, OFICIAL DE TELÉGRAFOS Y PROFESOR DE ELECTROTECNIA Y TELEGRAFÍA EN LA ESCUELA INDUSTRIAL DE TARRASA

Biblioteca ideal para cuantas personas intervengan en la electricidad y sus aplicaciones, pues enseña con admirable claridad todos los conocimientos relacionados con tan importantísima ciencia.

Consta de 30 preciosos tomos, encuadernados en tela, con unas 5.000 páginas en total, cerca de 1.500 hermosos grabados y muchas láminas en negro y colores.

Ingenieros industriales, Mecánicos, Electricistas, Contramaestres, Conductores de máquinas, Fabricantes Industriales, Maquinistas y Obreros de Centrales eléctricas, Empleados de Compañías de Electricidad y Telefónicas, Funcionarios del Cuerpo de Telégrafos, Peritos industriales, Alumnos de las Escuelas Superiores, Metalúrgicos, Doradores, Plateadores, Constructores de máquinas, Instaladores de Electricidad, Maquinistas y Telegrafistas de buques, etc., etc., encontrarán en estos interesantes volúmenes materia abundantísima de estudio y consulta.

TOMOS QUE COMPRENDE

	Ptas.
I.—Electricidad y magnetismo.	3
II.—Corrientes alternas. Unidades. . . .	3,50
III.—Pilas eléctricas.	3
IV.—Dínamos de corriente continua. . . .	3,50
V.—Motores de corriente continua. . . .	3
VI.—Alternadores.	3,50
VII.—Motores de corriente alternativa. . .	3
VIII.—Transformadores y convertidores. . .	3,50
IX.—Devanados.	4
X.—Reóstatos industriales.	3,50
XI.—Acumuladores.	3
XII.—Averías en las máquinas eléctricas. .	3
XIII.—Líneas eléctricas.	3,50
XIV.—Transporte y distribución de la energía eléctrica.	3
XV.—Pararrayos.	3,50
XVI.—Centrales eléctricas.	3,50
XVII.—Contadores de electricidad.	3
XVIII.—Mediciones de laboratorio.	3,50
XIX.—Mediciones eléctricas de taller. . . .	3
XX.—Instalaciones eléctricas.	3
XXI.—Electroquímica.	3
XXII.—Galvanoplastia y galvanostegia. . . .	3
XXIII.—Electrometalurgia.	3
XXIV.—Lámparas eléctricas.	3
XXV.—Telegrafía.	4
XXVI.—Timbres y teléfonos.	3,50
XXVII.—Centrales telefónicas.	3,50
XXVIII.—Telegrafía y telefonía sin hilos. . . .	3,50
XXIX.—Tranvías y ferrocarriles eléctricos. .	3,50
XXX.—Electroterapia y Rontgenología. . . .	3,50

PRECIO DE LA COLECCIÓN, A PLAZOS O AL CONTADO: **90 pesetas**

VENTAJA A LOS SUSCRIPTORES A TODA LA COLECCIÓN

Los suscriptores a 30 volúmenes de que consta la obra disfrutarán del precio excepcional de 90 pesetas la colección, mediante firma del contrato que facilita la Compañía editora, con lo cual se benefician de la notable diferencia que existe entre el precio de la obra completa y lo que suman los precios fijados para los volúmenes sueltos.

89101096030

B89101096030A

Gorki

X54Y
.G67
MAL
S

Malva y otros

89101096030

b89101096030a

COLECCION

NOVELAS - T
FILOSOFIA - CUE
HISTORIA - MEM
ETC., ETC.

Aparecen veinte números, de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 240 números publicados desde julio de 1919 a junio de 1920 contienen obras de

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHEFOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERIMEE, STEVENSON, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES, ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERON, VILLALON, KOROLENKO, ESTEBANEZ CALDERON, LEIBNITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCON, VELEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO, Mme. STAEL, TIRSO DE MOLINA, MUSSET, CLARIN, STERNE, JULIO CESAR, CHEJOV, GARCILASO, TACITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SANDEAU, LAMARTINE, AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT, FENELON, GORKI, MORETO, FILMER, NODIER, VERGA, ARNOLD, HAUFF, G. DELEDDA, VOLTAIRE, THACKERAY, GOLDONI, VICTOR HUGO, TORRES VILLARROEL, DOZY, TEIXEIRA DE QUEIROZ, MONTESQUIEU, VIGNY, EUGENIO D'ORS, BALZAC, TAINE, MOLIERE, GOMEZ CARRILLO, CHMELEV, FOSCOLO, KOBOR, WEBSTER, HEINE, D'AUREVILLY, DAUDET y F. DE ROJAS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID SAN MATEO, 13